





Relatos de Bibliotecas  
Tercer Certamen Literario  
de la Biblioteca Universitaria de Granada



Enrique Trenado Pardo et al.

Relatos de Bibliotecas  
Tercer Certamen Literario  
de la Biblioteca Universitaria de Granada

*Granada*  
*2014*

© LOS AUTORES  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.  
RELATOS DE BIBLIOTECAS. TERCER  
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA DE GRANADA  
ISBN: 978-84-338-5640-1.  
Depósito legal: Gr./ 748-2014.  
Edita: Editorial Universidad de Granada.  
Campus Universitario de Cartuja. Granada.  
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea  
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.  
Imprime: Gráficas La Madraza, Albolote, Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Primer Premio:**

*Enrique Trenado Pardo*

**Accésits en orden alfabético:**

*Miguel Bago*

*Diego Callejón de la Hoz*

*Francisca Andrea Luque Priego*

*Javier Ramírez Santos*

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto  
por los siguientes miembros:**

*Antonio Sánchez Trigueros,*

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada  
de la UGR

*María Isabel Cabrera García,*

Directora de la Editorial de la UGR

*Amelina Correa Ramón,*

Catedrática de Literatura Española de la UGR.

*Julia Olivares Barrero,*

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada  
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

*Rocío Raya Prida,*

Bibliotecaria de la UGR.



# Índice

Prólogo:	
Escritura en libertad .....	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción.....	19
<i>M.<sup>a</sup> José Ariza Rubio</i>	
Libre.....	21
<i>Enrique Trenado Pardo</i>	
El confidente en las sombras .....	41
<i>Miguel Bago</i>	
Caso 19: Roy Rorim.....	59
<i>Diego Callejón de la Hoz</i>	

## 10 Índice

En Babia .....	81
<i>Francisca Andrea Luque Priego</i>	
En el amor, como en la guerra, todo vale .....	107
<i>Javier Ramírez Santos</i>	

Antonio Sánchez Trigueros

# Escritura en libertad

Se presentan en este volumen el texto premiado y los cuatro finalistas de la tercera edición del concurso de narrativa corta que, como en años anteriores, ha convocado la Biblioteca Universitaria, con la colaboración renovada de dos editoriales: la alemana Springer y la nuestra de la Universidad de Granada. Esta tercera llamada indica que el certamen va camino de su consolidación, sobre todo cuando se demuestra su gran poder de atracción y convocatoria al rebasarse con creces, si la comparamos con las ediciones anteriores, el número de participantes, que en esta ocasión ha superado los cien. Si a eso añadimos la grata impresión de los miembros

del jurado al constatar otra vez que el nivel de escritura se mueve en parámetros altos de calidad e imaginación, se puede afirmar que el concurso goza de muy buena salud, por lo que se le augura una larga vida al menos en el futuro inmediato.

Frente a las dos ediciones anteriores, en que las bases del concurso obligaban a que los relatos presentados trataran, respectivamente, del *libro* y la *vida universitaria*, en las bases de este año se decidió que la temática fuera libre, sin ningún tipo de sujeciones argumentales, para que los posibles concursantes pudieran desarrollar a su aire y a su modo cualquier tipo de inventiva; y dados los resultados hay que considerar el absoluto acierto de la medida, como manifiesta la gran variedad de asuntos elegidos por los jóvenes autores para construir sus piezas literarias.

Así, en primer lugar, y al hilo de la libertad temática decidida en su momento, es interesante señalar cómo el texto ganador, titulado *Libre*, escenifica la que podemos considerar una acción lúdica y dialógica que juega con la propia convocatoria del premio, y yo diría que también con el jurado, al narrar el encuentro conflictivo entre un alto funcionario del Ministerio y el profesor universitario convocante

de un premio literario que ha *osado* proponer que el tema del concurso en cuestión sea libre. El comienzo del relato, con un párrafo un tanto altisonante y enigmático, despista al lector hasta que muy pronto se le ofrece la primera clave del tono adoptado por la narración: “Esto no va a ser una historia de terror. Pero había llegado un funcionario. Uno importante. Y el organigrama le seguía”. Sin duda la propuesta narrativa se va a ir revelando poco a poco como muy divertida por la presencia continua de un fino humor que se construye sobre todo con la utilización irónica de un lenguaje retórico acorde con la situación y con el personaje del burócrata, que muy pronto, frente al anonadado profesor, protagonizará la mayor parte del texto; de esta forma la suya será una larga intervención amenazante y directa sobre la inconveniencia y peligrosidad de proponer la libertad temática en la convocatoria del concurso, dados los perniciosos efectos que sin duda producirían en los alumnos convocados a participar: “Anarquía intelectual, miedo, inseguridad, duda, un poco de frío. Esa incómoda sensación de que no se está yendo a ninguna parte”.

Estamos, pues, ante un interesante, vivo y muy actual relato, cuyo autor, una vez abierta

la plica correspondiente, resultó ser Enrique Trenado Pardo, estudiante de Derecho, que, con las bases en la mano, se ha ganado el derecho a ganar de nuevo el premio que ya consiguió en la segunda convocatoria de este concurso universitario. Pero fue solo la mayoría de los miembros del jurado la que se inclinó por ese fallo, pues la indudable calidad de otras cuatro narraciones hizo que la decisión final fuera muy discutida, aunque también los discrepantes no dudaron en reconocer los valores finalistas del premiado. Hagamos, pues, breve recuento de los cuatro relatos que llegaron hasta el final del proceso de selección, siguiendo el orden alfabético de los apellidos de sus autores.

*El confidente en las sombras*, de Miguel José Bago López, estudiante de Literaturas Comparadas, es un relato de lenguaje preciso y construcción equilibrada, cuyo despliegue, con evidentes alientos líricos, demuestra grandes dotes de observación tanto por su minuciosidad descriptiva de la acción empírica como por los movimientos interiores del ánimo, con dos voces narrativas distintas o una primera sola que después se desdobra imaginariamente en otra, ambigüedad que dota al relato de un

relieve un tanto fascinante, que invita a una inmediata relectura.

Por su parte, *Caso 19: Roy Rorim*, de Diego Callejón de la Hoz, estudiante de Comunicación Audiovisual, sorprendió por su perfecta construcción y desarrollo del caso clínico de su protagonista, cuya piel, por una patología cutánea atípica, funciona como un espejo (*rorim, mirror*) en cuanto refleja todo lo que sobre ella incide; un personaje del que me atrevo a afirmar que, en sus límites narrativos, rivaliza con el protagonista de *Zelig*, el film de Woody Allen, lo que no es un pequeño elogio.

*En Babia*, de Francisca Andrea Luque Priego, estudiante de Psicología, es una narración tan bien escrita como comprometida, con un personaje, el ama de casa, a la que se sigue en su dura y cotidiana jornada doméstica como máquina silenciosa de trabajo; un ser humano incomprendido e invisible para los demás, cuya acción continua, descrita paso a paso con una sorprendente frialdad, va helando el acto de la lectura hasta su desenlace final, no por previsible menos dramático.

Finalmente, *En el amor, como en la guerra, todo vale*, de Javier Ramírez Santos, estudiante de Medicina, más allá de su título algo tópico y

por tanto poco expresivo, nos cuenta una valiosa historia de amor y guerra en el marco obsesivo y trágico de la guerra civil española, centrado en este caso en el episodio de la huida de los republicanos malagueños por la costa hacia Almería, perseguidos por el ejército rebelde; por cierto, un episodio del que se ha hablado mucho pero, que yo sepa, nunca ha sido elegido como escenario narrativo con personajes que viven la situación, la sufren y la cuentan en primera persona. Y eso, indudablemente, le concede un valor especial a este relato.

En suma, una buena edición del certamen, con un concursante que se afianza y unos nuevos valores que emergen y prometen mucho entre un amplísimo número de aspirantes a escritores, que en su conjunto forman una muestra de la vitalidad mental y literaria de los alumnos de la Universidad de Granada.

Antonio Sánchez Trigueros  
Profesor Emérito de la Universidad  
de Granada

M.<sup>a</sup> José Ariza Rubio

# Introducción

Es para mí, de nuevo, una gran satisfacción presentar este tercer volumen del Certamen Literario de la Biblioteca Universitaria de Granada.

Este año el Certamen se ha visto lleno de guiños inesperados.

Por un lado se han presentado más relatos que en anteriores ediciones (103) lo que demuestra que cada año este certamen está mas vivo.

Por otro, la temática del concurso era libre. Libre, como el título del relato ganador que supuso, para el jurado y para mi misma al abrir el sobre que contenía los datos del autor, una gran sorpresa al comprobar que se trataba de Enrique Trenado Pardo, la misma persona

que obtuvo el primer premio en el certamen de 2013.

Una vez superada esta sorpresa inicial comprobamos que esto no hacía más que corroborar la calidad literaria de nuestro premiado, máxime cuando en esta edición el nivel de los relatos presentados ha sido muy alto, como podrán ustedes comprobar al leer los cinco relatos seleccionados en este volumen.

Enrique Trenado ha querido hacer un paralelismo entre la temática del certamen y la de su relato que trata de la libertad. Libertad que la Biblioteca Universitaria, junto con las Editoriales Springer y la de la Universidad de Granada, han querido darles para expresar su sensibilidad a través de hermosos relatos. Ha sido a iniciativa de nuestra compañera Rocío Raya, que como los años anteriores ha coordinado el proyecto en el que también nos prestan desinteresada ayuda los miembros del Jurado: Antonio Sánchez Trigueros, Catedrático de la Universidad y académico, Julia Olivares, académica y bibliotecaria de la Diputación de Granada, Amelina Correa, académica, profesora de nuestra Universidad y escritora, Rocío Raya, bibliotecaria de la Universidad, y M<sup>a</sup> Isabel Cabrera, Directora de la Editorial Universitaria.

Como Directora de la Biblioteca Universitaria, no tengo palabras para agradecer lo suficiente a todas las personas y editoriales que hacen posible este certamen que cada vez despierta mas interés entre nuestro estudiantes. Solo me vienen al pensamiento las de Tierno Galván “Más libros más libres”.

Granada, abril de 2014  
M<sup>a</sup> José Ariza Rubio





**Enrique Trenado Pardo**

# Libre



Enrique Trenado Pardo

# Libre

Estas cosas suelen empezar siempre así. Son una constante más que universal. Primero fue el chillido. Agudo y breve, porque alguien tuvo a bien callarse a tiempo y tapar el miedo tras cinco dedos temblorosos y dos labios apretados. Muy bien apretados. Por nuestra parte sería de justicia, con todo, alabar su temple, especialmente si se tiene en cuenta que le vio. Otros, en principio más afortunados, tuvieron que contentarse solo con intuirle, y en esto lo tuvieron muy fácil. Hizo más frío, de repente, incluso para ser invierno; pero es que llegó todo seguido, en masa, cual tromba helada para cuerpo y espíritu. El agua de una fuente, que

antes se dejaba caer mansa entre la piedra, se había congelado. A su ostentoso y seco paso sobre los otrora hermosos – entonces nada más que grises y deslucidos - caminos empedrados los pájaros también habían enmudecido, y los insectos habían huido a la carrera más allá del subsuelo. Incluso las hormigas y los gusanos mascaban la tragedia. Y la burocracia.

Esta no va a ser una historia de terror. Pero había llegado un funcionario. Uno importante. Y el organigrama le seguía.

Estaba allí para ver al académico. Quería verle. A *ese* académico. Pronunció su nombre muy despacio, como si lo masticara. Ciertamente, querer era poder.

Cada año, a lo sumo cada dos si la salud o la paciencia no acompañaban, el académico, ilustre catedrático y respetado docente de cierta Universidad del Sur (que bien podía dejarse caer por Buenos Aires, Valencia, Okinawa o Ciudad del Cabo. Quizá por Nápoles) organizaba un concurso. No uno cualquiera, que habría resultado sin duda en alguna competencia embrutecedora y sin fundamento ni objetivo, más cercana a los ideales deformados que de la victoria tenía la masa. El académico, fiel a unas férreas convicciones que huían atropelladamente

de esas lides, ponía el empeño en fines muchos más edificantes: Organizaba concursos de letras e ingenios (o, más bien, ingenios cincelandos letras), una *rara avis* en preocupante y alarmante desuso cuyo rescate era, bajo su punto de vista, una responsabilidad al mismo tiempo personal y profesional, un deber vital. Su deber como formador, divulgador e instructor, algo ante lo que no se podía simplemente mirar para otro lado. Había que echar una cuerda allí a la impenetrable oscuridad de los tiempos bárbaros, por si alguien, por suerte, era capaz de aferrarla. Aún cabía la posibilidad de construir un dique frente a la intelectualidad laxa. Pescar en río revuelto, y turbio. Ese tipo de cosas que en realidad no tendrían por qué hacerse, pero que al cabo llegaban impuestas. Por eso el académico dedicaba no pocos esfuerzos cada año, o a lo sumo cada dos, al arreglo y disposición del certamen, para entonces y tras un notable número de ediciones todo un clásico en el ámbito universitario e incluso más allá. Nuevos jóvenes talentos esperaban agazapados para responder la llamada. A su modo, el académico creía estar engendrando una sobresaliente prole.

Naturalmente, «funcionario» resulta ser un genérico casi absurdo, vago e innecesariamente

abstracto. Funcionarios se cuentan por legiones y cohortes, y por su organización bien podrían cruzar el Rubicón y ocupar las Galias, si quisieran. Consta que no quieren.

Aquel, aunque funcionario, no habría sido simple legionario. Era *secretario de algo*, palabras que llenaban de horror y espanto los oídos de aquellos insensatos que quisieran detenerse siquiera uno o dos segundos a reparar en su significado. *Secretario*. También masticó esta palabra a los celadores, deslizando que no estaría bien que se le hiciera esperar. Porque para eso era él. Allí, en persona. Levantó las cejas y la muñeca lo justo para insinuar un maletín, asido con desdén. Porque, ¿quién podía llevar maletín de esa clase, si no era un secretario de algo, o alguna entidad análoga con icor en las venas?

Toda la recepción universitaria fue una idea unitaria en un clamor al unísono: Por supuesto, claro. Usted le verá. Ahora mismo. *Faltaba más*.

El académico, celeberrimo pero mortal, al fin y al cabo, no pudo sino plegarse a la exigencia de la cita, y tuvo que consentir recibirle sin permitirse siquiera el miserable lujo de fantasear con alguna excusa. Justo cuando quería tomar sol, se lo cubría la sombra estatal. Eclipse burocrata. Tiniebla de oficina.

*El secretario de*, pese a lo que se había temido en un principio, se mostró inusualmente cordial con él, una vez las puertas les aislaron del mundo exterior y las cuatro paredes de su despacho le resultaron al académico más angostas que de costumbre. Pero *el secretario de*, buscando la distensión y la cercanía, le tendió la mano con solemnidad y mucho protocolo antes de tomar asiento, y no lo tomó hasta que no la hubo estrechado con fuerza y algarabía, quizá imaginando a algún fotógrafo inmortalizando el relevante encuentro. Doctor, eminencia. Nuestra más preciada joya craneal, genio entre genios, usted y su fama. Merecida, claro. Merecidísima, quién si no usted. Qué tesoro nacional. Qué placer, qué honor. Si usted supiera, si solo llegara a saber. Yo cuando fui estudiante, ¡ah! Yo cuando fui estudiante siempre quise estar donde estuviera usted, y verle, y escucharle. Porque usted sentaba cátedra incluso dando la hora. Y la sienta aún, no se ofenda. No se hace una idea, doctor, excelencia. No se imagina. Le tenía yo en un pedestal, en aquellos años. Gritaban: «¡Eh, mirad, es el doctor... *usted!*». Y todos nos girábamos para verle, para retenerle en la memoria. Ese porte, ese andar... Si incluso le copié el maletín. Nunca podría

haberlo olvidado. Mire, mire. ¿No lo reconoce, no usaba usted uno igual, hace ya años (algunos, aunque se conserve usted mejor que bien, mejor que estupendo, permítame aunque sea un cumplido)?

Abrumado por las adulaciones, el académico no supo cómo decirle a aquel hombre que él realmente nunca usó maletín; notas y libros, siempre bajo el brazo. Más íntimo, más personal. Y pasional. Amoroso. Abrazando al ser querido.

Se limitó a agradecer las gentilezas, que de las de esa clase estaba bien poco acostumbrado. Entonces pidió al secretario que por favor se sentara, que cómo podía permanecer aún de pie, con la de horas de estoico castigo que a buen seguro ofrecía cada día a sus talones. El secretario respondió que no saldría de él tal falta de respeto, que no osaría sentarse tan deprisa delante de una personalidad como era el académico, su ídolo, su guía intelectual, su tal, su cual, y otros tantos *sues* más que el catedrático, buscando protegerse, prefirió no escuchar. Asintió con una afable e insincera sonrisa a la nueva retahíla del secretario de hasta que éste, sentándose por fin, les concedió a ambos el silencio durante unos segundos de oro. Bendita la quietud, se dijo el académico,

cuando el secretario de entreabrió los labios en una clara amenaza de nueva verborrea.

Y es que verá, dijo, poniéndose muy serio. Vera usted, eminencia. Estoy aquí por el asunto del concurso. De *su* concurso. Sabe usted lo que le digo, ¿verdad? De lo que le hablo. Publicó usted las reglas hace un día, o dos. Las reglas del concurso.

*Bases*, puntualizó con malicia y revancha contenidas el académico. Prefiero llamarlas bases. Es más adecuado.

Sí, claro, como usted quiera. Continuó el secretario de algo: el caso es que, bueno, ya se imaginará, pero en el departamento leemos todas estas cosas. Usted es único, de eso no cabe duda, pero no es el único que organiza cosas de este tipo, así que de vez en cuando tenemos tarea en el departamento revisándolas. Usted es un hombre hábil, hábil de aquí arriba, quiero decir. No se preguntará por qué lo controlamos; al fin y al cabo, bueno... Nosotros pagamos estas... manifestaciones culturales.

El académico asintió. Tenía que concederle ese punto, al menos, pero retuvo aferrando bien la correa las ganas de intercambiar alguna impresión que otra sobre la continua disminución de las partidas destinadas a *manifestaciones culturales*.

Normalmente no suele haber problemas, continuó el secretario de, siempre que cada cual se ciña a un presupuesto digamos razonable. No se preocupe, es su caso. Sabemos bien que usted busca más la sapiencia que el metálico. Que no es un hombre tentado por lo material, ni quiere que otros se tienten. Busca el arte por el arte, y tiene mi admiración por ello. Todo eso es estupendo. Yo estoy aquí por otro motivo. Leí, bueno, me leyeron sus reglas – perdón - bases, ayer y... encontré algo muy preocupante. Estoy totalmente seguro de que lo hizo usted sin intención alguna, usted es un gran hombre, pero... En fin, hay que arreglarlo.

El académico, por primera vez simplemente sorprendido, hizo el gesto propio de no entender qué se le estaba diciendo. El secretario la captó, y pidió un segundo, solo un segundo, mientras buscaba «documentación esencial» en el magnífico maletín de piel que ambos habían compartido solo idealmente. Y lo cierto es que, para ser esencial, era abundante. El secretario dejó caer sobre la austera mesa que les separaba algunos fajos de papeles mal grapados y mal atados. Encabezando uno de ellos, el académico distinguió sus clásicas bases, macheteadas con copioso subrayado rojizo. Una matanza, una

carnicería que le horrorizó inmensamente. Desde entonces trató de hacerse a lo peor. No fue difícil.

El secretario de algo se inclinó todo lo que pudo sin tener que levantarse y señaló a un punto muy concreto de la hoja acuchillada. Es esto, dijo, intentando dotarse de la vehemencia necesaria. Solo es este pequeño detalle, pero comprenderá, o espero que comprenda, que puede ser algo gravísimo si no hacemos algo. Usted y yo. Aquí y ahora. Nadie más podría hacerlo.

Había dejado el índice sobre el inicio del tercer punto. «La temática de las obras presentadas será libre». Estando *libre* especialmente subrayada, encuadrada y acogotada. Alguien se había propuesto no dejarla escapar tan fácilmente. Alguien como el secretario, al que el académico dirigió una nueva mirada de incompreensión, y de piedad por la palabra apresada. No entendía, y estaba realmente lejos de entender en ese momento, pero eso era solo porque había olvidado, momentáneamente, que estaba tratando con el Gobierno.

*El secretario de* carraspeó, llevándose una mano al horrible nudo de la corbata, como si aquella obviedad gestual, aquel tópico, realmente fuera a

hacer creer a su interlocutor que aquello era un mal trago para todos. Verá, empezó a explicarse. Esto que ha hecho usted es una salvajada. Una tropelía. No sabe lo que puede estar provocando. Creo que exige usted mucho... de todo el mundo. Del alumnado, en particular. De toda la comunidad educativa, en general. Temática libre. Señor. Oiga, sé de lo que hablo, créame. Somos profesionales. Hemos trabajado mucho en esto, hemos pasado los últimos años arreglándolo todo, centrando al personal, al alumno, a la alumna. Sí, centrándolos, porque tantos años de fracasos solo podían venir de un lugar muy concreto: la dispersión, el abstracto. La nada. Teníamos a muchísima gente apuntando a muchísimas direcciones. Nada concreto, nada direccionado. Simplemente, dispersión. Hemos conseguido... enderezar todo eso. La fórmula es sencilla, pero efectiva. A la constante imprecisión de la pereza, hechos concretos. Incluso usted habrá reparado en ello, desde sus púlpitos. Son hechos probados, es pura pedagogía, psicología de trabajo y del esfuerzo: diga usted lo que tienen que hacer, y lo harán. Harán lo que se les ha dicho, porque es lo que se les ha dicho, ni más ni menos. Lo demás es divagar, desviarse, difuminar el esfuerzo. Permita matices, plantee

directrices relajadas, y dudarán. Todo al traste, ningún esfuerzo transformado y recompensado. Tiempo perdido. Es así, se lo aseguro. Así somos, ese ha sido nuestro trabajo. Hasta hace unos días usted hacía también un excelente trabajo. Lo ha hecho siempre, en realidad. ¿Recuerda hace un par de años, cuando usted dijo aquello de «esta vez el tema será “salud”»??. ¡Oiga, fue estupendo! ¡Un invento magnífico! ¿Recuerda si alguien le remitió algún escrito sobre algo que no fuera salud, o que estuviera relacionado con ella directa o indirectamente? No, claro que no. ¿Por qué iban a hacer algo así, si el tema estaba bien claro? ¿Por qué hacer otra cosa? Sería claramente absurdo. Así que, estará de acuerdo conmigo, todo el mundo iba en la misma dirección. Y el resultado fue inmejorable.

¿Se imagina lo contrario?

Ya sabe, tema libre; ellos, ellas *imaginan*. Un desastre, se lo garantizo. Sencillamente, el alumnado no está preparado para esas aventuras. No se le ha preparado para eso, por las razones que le he dado antes. Dicho lo cual, arroja usted a esos alumnos a la nada más brutal. A una comuna intelectual. Puede usted pensar, eminencia, que no hay nada más gratificante

que el sano ejercicio de la mente esculpiendo las ideas, pero sin duda vive usted anclado en tiempos más analógicos. Las ideas no se esculpen de la nada. La nada es eso, nada. Perdone la reiteración absurda, pero esa es la realidad. En realidad es algo que ya no existe y que nadie demanda. Esa libertad que usted quiere proclamar no es más que un laberinto sin salida, una trampa mortal, un desfiladero. Y todos ellos se arrojan por él, por el mero hecho de no ver el camino delante de los pies. Sé lo que me digo. No debería decirle esto, porque es secreto, pero confío en usted, es un hombre íntegro. Verá, en el departamento ya indagamos un poco sobre esto. Experimentamos, hicimos algunas pruebas. Cosas sencillas, no se alarme. Todo legal, documentado. Pura y simple sociología, en realidad. Nos sentamos frente a algunos alumnos escogidos al azar y les dijimos, simplemente: «habla sobre algo». «Divaga». Y nada más que eso. La respuesta más repetida, con mucho, fue «¿sobre qué?». Caras de asombro, de duda. Gente perdida, en fin, porque en realidad no les habíamos dicho nada, por dárselo todo. No me malinterprete si digo que la libertad, esta libertad de la que estamos hablando, es un veneno. No somos

tiranos, creemos que todo individuo es libre a su manera y soberano, ese tipo de cosas. Pero necesita indicaciones, también. El vacío es aborrecible. Compadezco a aquellos que se aventuran sin más a una iniciativa sin cortapisas. Les compadezco de veras. Están destinados al más infeliz de los finales. No podrán clavar una bandera en ninguna cumbre, porque sencillamente no existe dicha cumbre.

No es usted el primero en caer en este error, como no es usted el único de la *vieja escuela*. Hablamos de algo muy extendido, desgraciadamente. Parece que hay un intento en la comunidad de eruditos y gentes de buen saber por rescatar todas estas cosas, como si fueran acaso rescatables, como si hubiera algo bueno y justo que sacar del olvido... Tenga claro que los tiempos ahora son otros. Hay cosas que podemos pedir de los demás, y cosas que no. Y hay víctimas. Sí, como lo oye. Víctimas de la exigencia. ¿Tomamos un café mientras se lo cuento?

El académico y su reciente tartamudeo crónico aceptaron por el mero hecho de combatir la claustrofobia que se estaba empezando a enseñorear de su cabeza. Fue ese tipo de bloqueo, esa clase de falta de oxígeno, la que empujo a

su díscola lengua a susurrar «cianuro» cuando le preguntaron cómo quería el café. En la cafetería más próxima aquello fue interpretado como «muy caliente». *El secretario de* pidió lo mismo que su distinguido acompañante y continuó la narración. Sabía que tenía al académico en vilo.

Creo que fue el año pasado. Lejos, en el norte. Un colega de usted intentó algo parecido. Decía que estaba «hartado de poner puertas al campo», que «esperaba mucho de sus alumnos». Él lo esperaba todo, claro, y con esas convocó su concurso con gran pompa y festejo... Hasta el día en el que tuvo que conocer las consecuencias de sus actos. La mayoría de los participantes, anegados por la ambigüedad, desistieron más tarde o más temprano. La participación, no le engaño, fue un fracaso absoluto; nadie fue capaz de terminar nada. Constantemente bombardeaban a este colega suyo en busca de pautas, de indicaciones. ¿Cómo...?, ¿por qué...?, ¿quién...?. Ya se imagina. Se puso cuesta arriba, se volvió imposible. Hubo que renunciar, rindiéndose a lo evidente. Pero no acabó ahí. Nos llamó la atención el caso de un alumno que... Bueno, no sé cómo explicárselo. A veces pienso que, simplemente, *se perdió*, y aún se está intentando encontrar. Si le digo que hubo que echar

abajo la puerta de su casa para encontrarle... Allí, frente a la mesa y la hoja en blanco. Sin afeitarse, sin acicalarse, sin comer ni beber, ojoso, y preguntando a todo el que encontraba si podían darle alguna idea. Algo, mascullaba el pobre chaval. Algo.

Esto es lo que ocurre por decirles, alegremente y sin pensar en el futuro, «venga, hagan lo que quieran». Anarquía intelectual, miedo, inseguridad, duda, un poco de frío. Esa incómoda sensación de que no se está yendo a ninguna parte. De que, más que nunca, hace falta un mapa o, en su defecto, alguien que diga por dónde se va. Usted, en cambio, les dice: «¡Animales!». Y ellos, muy enérgicos, responden: «¡Ah!». Y se desatan. Dan rienda suelta. Leones en el Sáhara. Elefantes en la India. ¿Animales peligrosos? Sean los más fieros. ¿Animales extintos? Que sean extintos, siempre y cuando sean animales. Incluso, qué se yo, ¿una fábula en la que los cerdos sean dictadores! Cualquiera cosa, y usted solo dice una palabra. Para ellos, una vorágine creativa. Todos encantados, usted, yo, la ciudadanía, el Señor Ministro. Especialmente el Señor Ministro: qué bien y cuánto piensan nuestros muchachos, nuestras muchachas, cuando saben exactamente en qué pensar. El futuro

de la nación toda está asegurado. Imagínese, ya nadie vota en blanco. Con lo que aquello fue, ¿se acuerda?

Comprende a dónde quiero llegar, ¿verdad? Lo que quiero transmitirle. Esto no es una amenaza, ni una injerencia en su intachable labor académica. Desde el departamento no pretendemos obligarle a nada. Es, si me lo permite, ahora que hay confianza entre usted y yo, un consejo amistoso, una precaución. No puedo dejar de recomendarle encarecidamente que cambie esas reglas, bases o como quiera llamarlas. Cámbielas, por favor. Desdeñe ese innecesario *tema libre*. No le va a servir para nada, no va usted a demostrar nada a nadie. Ya ha visto, ya ve, que no hace ningún bien a ninguno de nosotros. Alumnos, profesorado, profesionales. Tampoco al Señor Ministro. Todos salimos perdiendo si dispersamos las ideas en premisas estériles. En definitiva; no puede usted hacer esto. No como usted quiere. Matícelo, dígales que escriban sobre, qué se yo, la libertad, o alguien libre, como Nelson Mandela o Jack el Destripador. No haga lo que está haciendo, ahora que aún está a tiempo.

Resignación. Frustración. Algunas gotas de cólera aún sin un objetivo claro. La imaginación disparada viendo a ese pobre muchacho perdi-

do en la libertad creativa. Tal vez fuera cierto, después de todo, y estando como podía estar ya todo inventando, que imaginar desde el blanco satén era una fanfarronada autodestructiva y trasnochada, propia de viejas casquivanas como él y otros tantos, empeñados en perseguir para otros lo imposible. Tal vez aquel oficinista con galones, el centurión de las legiones, llevara razón por el simple hecho de que «los nuevos tiempos» con los que no dejaba de llenarse la boca los hubiera inventado él y otros tantos como él, espoleados por el Señor Ministro, al fin y al cabo un abstracto de cien nombres que se concretaban en cada nueva legislatura, cada nuevo ejercicio demócrata; tremendamente irónico, pero el académico no se encontraba en posición de valorarlo así. Tragó saliva, intentó contener un molesto *tic* que con mucha insolencia había escalado hasta su ceja izquierda y encogió los hombros. Se habían oxidado, porque chirriaron. Todo él estaba oxidado.

Está bien, concedió, tomando prestada la voz de otro, porque ya con la propia no bastaba. Como ustedes digan. Este año hablaremos de animales.

Con asqueo, comprobó que el café se le había quedado demasiado frío.





Miguel Bago

# El confidente en las sombras



Miguel Bago

# El confidente en las sombras

Puedo imaginar el ritmo de tu respiración mientras duermes. Leves aspiraciones y expiraciones, regidas por un diapasón órfico, atrayendo al primer rayo de sol rebelde que besa la punta de tu nariz. Y me da risa cuando aflora ese mohín -¿en qué animal lo he visto?- creando tres pliegues gemelos que la elevan cómicamente para tomar el primer aliento del despertar —¡Ah, sí: en la gineta!—. Tus ojitos perezosos, entornados, se despiden con un lívido parpadeo de los últimos ecos del sueño cuando la luz, aún virgen, reverberante en el vacío estúpido que conceden estos instantes donde no eres consciente de ti misma, hierde

tus pupilas, incendia el iris ambarino, en cuyo reflejo no aparezco yo.

Puedo presentir, sin perderme demasiado, los gestos con los que te desperezas, esos que nos caracterizan como ningún otro por su involuntariedad. Tus labios abriéndose en un bostezo rosa mientras te liberas del abrigo soporífero de las sábanas y la plácida somnolencia con que te das la vuelta, rebelándote contra las ingratas obligaciones del nuevo día. Es entonces cuando sueles sentir esa sensación sobre tu espalda húmeda; como si una lengua de viento la recorriera anhelantemente. Te gusta imaginar que la brisa es un amante etéreo que rescata doncellas del país de la molicie. Pero es solo placer, una breve y perversa concesión de la vida para seguir adhiriéndonos a ella seducidos por la posibilidad de volver a alcanzarlo. Para muchos, el significado de cada paso que dan hacia su destino. Hallarlo, con todo, no depende enteramente de nuestra voluntad, sino de la situación a la que esta nos conduzca. El hecho de que lo percibas de esa manera, dotándolo de una sensualidad onírica con la sencillez de quien en un pensamiento reflejo recuerda a su madre cuando come natillas, es lo que me enamora de ti.

Pero despertar no es un consuelo. Su respiración serena arría los sonidos de la mañana, calando las frenéticas piadas de los gorriones y el tráfico temprano, confirmando con la fiable oscilación de su pecho que este día tampoco queda nada por suceder. Aún así, viéndolo dormir, no puedes ignorar el magnetismo de su virilidad en reposo. Poco tiempo atrás besabas ese mentón rotundo por el que siempre te sedujo y su torso macizo atraía tus caricias. Es cierto que ha perdido algo de cabello, que los años han impuesto un cerco sombrío a sus ojos; verdad que no es el chico exultante que te rondaba por los garitos, pero mientras yace quieres imaginar que algo de él sigue ahí, pujando durante el sueño por abrirse paso y resurgir en un amanecer milagroso; triunfal tras confinar al otro lado a este hombre que te niegas a reconocer.

Ya tienes pues, un pecado para el nuevo día. O un deseo irrealizable, como tantos, pero quien los convierte en algo verosímil corre el riesgo de vulgarizarlos. Y te lo he dicho muchas veces: cuando un sueño se cumple y el objetivo de nuestro afán se halla ante nosotros, persiste una sensación de fraude, como si al materializarlo perdiera el vigor que solo alcanzó en nuestra imaginación.

Por ello debes levantarte. Afrontar el día te hará olvidar estas ideas peregrinas que suelen abordarte por la mañana.

Péinate. La rutina es importante para afianzar las percepciones y tener plena conciencia de nuestros actos. Peinarte significa trazar en el centro de tu cabeza la línea recta que debes seguir para lograrlo. Es normal que el espejo denuncie la tregua ingrata de los somníferos; posiblemente hasta te devuelva un eco de tus pesadillas, pero seguirás esa línea recta mientras el agua tibia empapa tu cuerpo, y después, cuando, desnuda ante el armario, decidas qué vestir. No debes empeñarte en recordar a esa lengua de viento, todo eso se diluirá como el azúcar del café cuando la verdad del mundo te abandone ante la cocina sucia, hasta que la realidad se instale definitivamente en ese silencio impenetrable donde divagas con la mirada perdida.

Porque sobre estas costumbres se erige la seguridad que hace llevadera la existencia, o vuestra condena, pues desde que estáis juntos la vida ha perdido su vocación íntima, pasando a ser compartida, o quizás intercambiada, como si le hubieras cedido a él algo de ti que jamás recuperarás mientras que te adueñaste de algo que él ya no echa de menos.

Por ello es tentador desear que surja algún ínfimo avatar capaz de perturbar el orden sobre el que fundáis esta existencia, esparciendo a vuestros pies los fragmentos de una verdad que antes creísteis única y suprema. ¿Qué harías entonces? A él no le quedaría más remedio que recogerlos ávidamente e intentar volver a componer esa verdad, o al menos algo que se le parezca. Así fue siempre cada vez que se rompía algo. Le bastaba contemplar los pedazos desperdigados por el suelo para ver un sórdido presagio en cualquier arista. Así lo haces ahora, mientras raspas con el cuchillo la superficie quemada de las tostadas. Actos que te reconducen a la disciplina tejida por el monótono transcurso del tiempo, reduciendo la vida a una eternidad de momentos estériles, incapaces de alterar las certezas donde arraiga vuestra seguridad.

No necesitas comprobar el reloj para saber que precisamente ahora su tos te sobrecojerá ante la taza de café. Pronto los ruidos tradicionales comienzan a dictar su sentencia. Desde el pasillo llegan pasos erráticos que alteran tu respiración. Tus oídos se agudizan, prestos a confirmar cada uno de los movimientos que llevas memorizando desde el comienzo de vuestra vida en común. Sabes que no discurrirán

cinco minutos antes de que el patético rugido de la cisterna apuntille al silencio moribundo. Para cuando escuches el enérgico chapaleo de sus abluciones ya habrás asumido que el amor implica estas situaciones huecas, pulidas en la intrascendencia, que por inercia se convierten en las que mejor lo retratan. Qué muestra de amor podría superar al hecho de soportar pelambre ajena atascada en el lavabo ¿Cuántos tubos de dentífricos malgastados, vasos desertados, sábanas húmedas y flatulencias deletéreas fueron necesarios para cimentar los grandes romances que inspiran nuestra cultura sentimental? Basta con imaginarse a la Flaca reprochándole a Humprey Bogart sus eructos...

Pero tú siempre prefieres el silencio. Qué decir ante esa mirada rotunda que te escruta desde el umbral. La media sonrisa, la cara húmeda, una barba naciente, como el papel de lija, que roza tu rostro antes de besarte la mejilla. A estas alturas ya no parece importarle que el silencio delate tu renuncia. Hace demasiado tiempo que nada os sorprende al uno del otro, por lo que vuestras reacciones son tan previsibles que habéis aprendido a reconocer las emociones que encubren. Por eso vuestros diálogos ya no se nutren de las palabras que pronunciáis,

sino de aquellas que callan y fluyen a través de miradas como esta. Te basta atisbar la desazón de su rostro tras el primer trago de café para captar un reproche a tu frialdad. O las miradas furtivas, fugaces, que te dedica mientras come, a la espera de un gesto tuyo capaz de resucitar a un día que nace muerto; un gesto que no encuentras, ni sientes, pero que a tu vez buscas desesperadamente en sus ojos rendidos, incapaces de ver tras esa pared de silencio.

Poco después se levantará de la mesa y formalizará su atuendo para ir a trabajar. Comienza entonces una penitente cuenta atrás, narrada por actos pulidos en la redundancia; ritmo marcado por sus dedos mientras se abotona la camisa, por el peine que traza una perfecta línea en el hemisferio derecho de su cabeza, por los achaques al *poltergeist* que cada día cambia de sitio la cartera, hasta desembocar en ese beso seco, sin vocación de beso, con el que os despedís cada mañana, condenados a volverlo a reeditar pocas horas después, al día siguiente, el resto de vuestros días.

\*\*\*\*\*

Cuando él se marcha, aparezco yo. No puedes ignorarlo. ¿Por qué si no nunca cierras esa puerta? Imagino la cadencia culpable de tus pasos mientras vuelves a la cocina. Enciendes la radio para intentar olvidarte de la inminencia de mi llegada. Es inútil. En esa emisora, el aullido de un viejo *bluesman* se alía conmigo, contagiándote un contoneo sinuoso del que solo te percatas, atónita, cuando el plato que estás lavando se despedaza en el fregadero. La voz turbia vidria tus pupilas, y es en su ocaso, tras caer rendida al último acorde de una guitarra ebria, cuando un brillo indómito vuelve a aparecer en tu mirada: ya sabes que estoy aquí.

Deja esa mierda en el lavabo. Por una vez, vuélvete y mírame sin esquivarme con el torpe remedo de seguir con tus labores. Responde a ese relámpago violeta que te recorre cuando sabes que estoy a tu espalda, mirándote mientras te hago llegar mi llamada. Aquí estoy, mendigando tu luz desde las sombras, sin otro rostro, otro cuerpo que el que tus ojos me quieran conceder. Porque todos los días soy diferente y el mismo; otro hombre que aparece guiado por la misma voz. Solo tus manos pueden dar forma a mi cuerpo... lo sabemos los dos; siempre nos importó.

Como nos importa la resonancia de nuestros pasos tras la lluvia y nos fascina la fauna nictálope. Como cuando ingenuamente buscamos al Diablo en la cara de un perro y descubrimos a Dios en la cola de un pez. Como el morboso placer que compartimos al observar desde la ventana a una eventual copla de amantes abandonándose sobre un banco callejero. En este mundo, donde los escasos buenos momentos suelen degustarse como guindas del pasado, adquiere especial significación la generosidad de instantes así, ungidos por el feliz acierto del albur. Lo saben las sombras que escuchan tu confesión mientras deambulas por esta casa vacía cuando, al mirar al fondo de cada estancia, buscas los vestigios de esa promesa de dicha que nunca se cumplió.

Cierra los ojos si no quieres verme. Mantenlos cerrados mientras sientes mi aliento condensarse sobre tu nuca y extendiendo las palmas de mis manos, sin llegar a tocarte, a centímetros de tu cintura.

Tu regalo de hoy es el olor de la flora nocturna. Tal y como lo percibe tu nariz: dulzón, excesivo, embriagador y sórdido como los vapores del opio. Basta con que tus ojos sigan cerrados para que todo cuanto te rodee se es-

fume, y ese aroma logre sacarte de este mundo, levitando sobre el deber y la lealtad, en un viaje cuyos paisajes pintan los oleosos matices del galán nocturno. Ahí está el horizonte añil hacia donde bandadas de sueños migran al olvido; escuchas el aullido del viento recorriendo el mundo como la balada de un Dios borracho. Aquí estoy yo.

Si abrieras los ojos comprobarías que hemos abandonado la cocina. Todo el mundo en el que habitabas se ha esfumado. Piensa en el pasaje de un libro, quizás en la evocación del antiguo mercado de flores de Les Halles con la que Zola te cautivó cuando leíste *El vientre de París*; en el escenario de un cuadro, como esa *Salomé* de Moreau que danzaba tentadoramente ante el trono de Herodes; y ahí estaremos, súbitamente, sin otra frontera que la de un parpadeo. Puedes ser la música del color en los trazos de Kandinsky, la musa bodeleriana que reposa en el diván como una fiera invernante, una nota sostenida en la eternidad por la garganta de la Callas... Cualquier postal onírica en la que alguna vez se recreara tu imaginación, adquirirá forma tras tus parpados: primero como una lívida llama cuya luz invadirá lentamente la oscuridad, después perfilando el movimiento de

figuras huidizas cuya familiaridad te inquietará, hasta instalarte definitivamente en ese mundo que modelo en tu imaginación.

Empiezas a murmurar que es una locura, que miento como se miente a las mujeres en los juegos de seducción, pero aún así te resistes a abrir los ojos para destapar mi farsa y prefieres dejarte envolver por las palabras, que ya orbitan a nuestro alrededor, aleadas con todas esas imágenes que desfilan vertiginosamente, desatando un sentimiento de plenitud carnal cuando al fin notas el tacto de mis manos sobre tu cintura y mis labios plasmando rítmicos besos sobre tu cuello.

Tu cuerpo se tensa, pero nunca huyes. Te reprochas haber vuelto a dejarte embaucar por este canalla cuyo rostro eludes pese a ser capaz de desmoronar todas las certezas sobre las que fundabas tu vida.

Tu cuerpo cede y te acercas a mí. Percibes la pulsión desbocada en mi pecho y extiendes una mano temblorosa invitándome a recorrer el arco de tu cuello. Has aprendido cada rito de estas misas de lujuria y te consagras con una devoción litúrgica. Tu cintura serpentea entre mis brazos conduciéndome a tientas hacia el dormitorio. Buscas mis labios para morderlos

desafortadamente mientras mis manos codician sendas ocultas de tu piel, aferrándote con ímpetu, temiendo ya al momento en que deje de hacerlo, enfebrecido por el son de tu respiración brava... todo para llegar al instante en que mi lengua tiritita sobre tus pechos vencida por un zozobranante baile que recorrerá tu vientre, tangueará sobre tus caderas y destilará tus jugos lúbricos. Es entonces cuando atraes mi rostro hacia el tuyo para saborear mis labios impregnados en tu propia sal y vuelvo a suplicarte que abras los ojos antes de adentrarme en tu calor, sin que las caricias desesperadas con que te envuelvo, sin que la presión furiosa de mi verga, logre persuadirte de tu empeño. Sabes que es un desvarío buscar palabras para describir la consumación de nuestro ritual: nada existe, nada puede perturbar ese relámpago lúbrico que nos derrumba sobre las sábanas, indefensos ante la realidad. Pero hasta llegar a ese zenit, las formas plateadas y trémulas que te sugiere el tacto en la oscuridad laceran como puñaladas a la conciencia implacable que sigue amonestando con la mirada del otro cada uno de los gemidos que pretendes disimular mientras me adentro en ti. “Que nunca se acabe”, sueles decir, pero al mismo tiempo te embarga la sensación de que

esos ojos en los que te viste reflejada en tantos momentos como este, están observándote desde algún lugar de la habitación y el peor de tus miedos es abrir los tuyos y encontrarlos ahí, espiando desde algún rincón.

Inmediatamente vuelven los temores, los remordimientos, mantienes los ojos cerrados, como si ello te mantuviera a salvo de tus culpas.

Pero esta vez no lo lograrás, porque sigo aquí, agonizando de amor a tu lado, cuando unos pasos cercanos te sobresaltan. Sabías que en algún momento debía ocurrir, pero nunca te preparaste para la situación. Abres los ojos, no para mirarme, sino para vestirme precipitadamente y salir a su encuentro.

No lo hagas, por favor. No vuelvas a su lado. Que nos descubra aquí, juntos, y que la verdad se lo explique por sí misma. Acercarte a él significa alejarte de mí, y de todo este mundo que he concebido solo para ti, solo para infiltrarme en tu vida. No te rindas al mismo sentido común que te sumió en la desdicha. Piensa en los besos, en el plato roto, en mi silueta difusa cuando cada día atravieso esa puerta para venir a tu encuentro. No temas a la proximidad de sus pasos: él no puede hacernos nada. No pertenece a este mundo nuestro, no podrá traspasarlo.

¡Mírame! Porque no puedo soportar verte lanzándote a sus brazos, suplicante, y comprobar su frío semblante ante tu desesperación. Esas manos que te rodean nunca serán mis manos, pero buscas su indulgencia, su calor. Aún puedes elegir. No se lo confieses; puedo desaparecer sin dejar rastro para volver mañana, cada día en el que te abandone para enfrentarse a la realidad. Nosotros no estamos preparados para concebirla, lo sabes. Por eso me buscas cuando pretendes huir de él y me abandonas en el tálamo como quien se desentiende de un mal sueño. Porque es así como quisiste concebirme: un ser capaz de traspasar la frontera de lo onírico y lo real, de mostrarte sensaciones ignotas sin que un rostro o un nombre me adhiriera definitivamente a uno de los dos mundos.

Es tan descorazonador que no puedes soportarlo: rendida al llanto le hablas del hombre que se esconde en el dormitorio, el que aparece con un regalo nuevo cada día para doblgartarte a sus deseos, y cuyas palabras furtivas han logrado hacerte viajar en los aromas, descubrirte el universo que habita tras tus párpados o aliarse con cualquier canción para que al escucharla invoques su presencia. Ya esperas la inevitable consumación de tu engaño, su ira ensañada sobre

los dos, la penitencia del dolor que redima tu traición, pero viendo su rostro comprendes que su reacción no será la que esperabas.

Serenamente, te abandona al llanto para dedicarse a hurgar en un armario del salón. Lo sigues intrigada, sospechándote inmersa en un delirio absurdo cuando lo ves volverse con una sonrisa de conmiseración, tendiendo una mano en cuya palma hay dos pastillas.

¡No las tomes! Vuelve a cerrar los ojos a las crudas certezas de la reincidencia, piensa en los paisajes que pintan los aromas. No las necesitas.

¿Por qué las tragas disciplinadamente? Quizás porque crees que te harán despertar del sueño, ubicarte en un territorio definido donde todo adquiriera un sentido. Tras ello, eres capaz de ayudarlo a desprenderse de la cazadora y acomodarlo en su sillón, a cuyos pies te arrodillas mansamente para dejar que te acaricie el cabello. Mi voz se apaga cuando empieza a recitar su anecdotario, se funde con las sombras del dormitorio, doblegada por esas dos pastillas que acunan tu desgracia.

Solo me mantendrán alejado hasta que vuelvas a buscarme.

Y me buscarás.





**Diego Callejón de la Hoz**

# Caso 19: Roy Rorim



Diego Callejón de la Hoz

# Caso 19: Roy Rorim

El día que me fracturé el meñique de un golpe por haber perdido el tren, Roy Rorim estaba más callado que de costumbre. Me lo encontré en el hospital, con su habitual gabardina de cuello alzado, su sombrero negro y sus gafas de sol, y esbozó una leve sonrisa cuando le conté cómo había destrozado aquella taquilla de la estación a puñetazos, justo al saber que mi expreso acababa de partir sin mí. Roy se limitó a decir que tenía algo que enseñarme, y durante los diez minutos posteriores me dediqué a seguirlo por los pasillos y escaleras del hospital, intentando infructuosamente sacarle conversación. Aquel día comprendí que nadie

como Roy Rorim sabía ponerse en la piel de los demás.

En mis veintiséis años trabajando en aquel hospital nunca había estado en ese sótano. Habíamos llegado allí después de recorrer un auténtico laberinto, y el aspecto de aquel lugar no difería mucho de un búnker deteriorado. Roy pasó con la cabeza gacha entre el gentío, intentando no llamar la atención, como acostumbraba a hacer, y yo lo seguí, hasta que nos sentamos en el único par de asientos que quedaban libres. Aún desconocía que era lo que Roy quería enseñarme, y él continuaba callado, observando, con quejumbrosa atención, a las personas que nos rodeaban. Así pues, yo empecé a hacer lo mismo, tratando de descubrir qué era lo que afligía a Roy en aquella sala.

Nadie como Roy Rorim sabía ponerse en la piel de los demás. A nuestro alrededor el dolor rugía estridente, y yo había sido incapaz de darme cuenta en todo el tiempo que llevábamos allí. Todas las personas de aquella sala estaban en otro lugar, ausentes, con la mirada perdida en el horizonte aunque estuvieran manteniendo una conversación, leyendo un periódico o caminando por los pasillos. Había varios ancianos con intubaciones traqueales, hombres con

amputaciones en alguna de sus extremidades, jóvenes con enormes inflamaciones e, incluso, algunos niños con severas erupciones cutáneas. Mirara donde mirara, solo veía agonía y cicatrices. Muerte al acecho. Secuelas de guerra. Justo cuando empecé a sentir yo también el dolor Roy rompió su silencio:

— Cuando pierdo la calma por los problemas triviales del día a día vengo aquí a sentarme —dijo Roy. Y continuó, manteniendo la vista en quienes nos rodeaban.— Todos los trenes perdidos, las promesas incumplidas y los nervios desbocados se esfuman en este lugar.

— ¿Para qué es esta sala de espera? —pregunté desorientado.

— ¿Conoces ese gas mostaza tan dañino que usaron los alemanes hace unos años en Flesquières? La gente que ves aquí hace cola para inyectárselo —sentenció Roy.

— ¿Cómo? —contesté, inquiriendo con escepticismo.

— Lo que estas personas llevan dentro es peor que la propia guerra —prosiguió Roy, tan enigmático como de costumbre.— Los soldados franceses huían del veneno, estos pacientes pagan por él. Es lo único que frena, en parte, el crecimiento acelerado de sus células enfermas.

Mientras Roy hablaba, sentía como su alma cogía mi mano, y me adentraba en la piel de todos aquellos afligidos pacientes. Las palabras de Roy siempre eran directas y profundas, y te golpeaban como un boxeador con los puños desnudos. Siempre que hablaba con él acababa hipnotizado, viendo mi reflejo en su rostro y conociéndome mejor a través de sus enseñanzas.

Durante la siguiente hora, Roy y yo permanecemos callados, formando parte del dolor de todos los pacientes y viendo como los médicos los iban llamando para entrar a recibir su angustioso tratamiento. Aquel día Roy me dio una lección de empatía, y me sentí estúpido por haber perdido los estribos en la estación de tren.

Lo cierto es que siempre aprendía algo en compañía de Roy. Todo el mundo sabía lo especial que era, pero pocos habían descubierto que su interior era aún más sorprendente que su fachada, y yo me sentía muy afortunado de ser una de esas escasas personas.

Desde el día que lo conocí, más de una década antes de aquella mañana en el hospital, convine tratar a Roy como a un ser humano más, e intenté no fascinarme en exceso por la singularidad de su aspecto físico. Llevaba años

oyendo hablar de él, sin saber realmente si lo que contaban era cierto o si se trataba únicamente de un mito, hasta que me decidí a viajar a su ciudad para conocerlo personalmente. Mi inquietud científica y biológica ya me había llevado anteriormente a viajar a varias ciudades, tras la pista de diferentes patologías médicas atípicas, pero nunca me había topado con un caso tan especial como el de Roy Rorim.

Llegué a la casa de la madre de Roy una lluviosa mañana de primavera, en compañía del Doctor Shackle, el médico del pueblo, que había seguido de cerca el caso de Roy desde su nacimiento. La madre de Roy odiaba la visita de los curiosos que se acercaban a ver a su hijo como si de un animal de zoológico se tratara, por lo que no nos fue fácil entrar en su hogar. De hecho, durante un buen rato, estuve temiéndome haber hecho el largo viaje para conocer a Roy en balde. Finalmente, el Doctor Shackle terminó por convencer a la señora, alegando que se trataba de un interés meramente científico, y que en ningún caso nos motivaba la pura morbosidad.

Mientras esperábamos en la cocina a que Roy se despertara, su madre nos preparó un café con pastas, sin dejar de hablarnos de lo

cansada que estaba de la gente que acudía a ver a Roy:

— Cada vez vienen más curiosos, y yo ya no sé qué hacer. Es solo un niño, imaginen cómo debe sentirse, y nadie se pone en su piel —prosiguió.— Ya apenas puede salir a la calle sin que lo acosen con miradas descaradas y preguntas incómodas. No sé qué voy a hacer con todo esto...

— Tranquilícese señora Rorim, Roy debe acostumbrarse a todas esas situaciones —intervino el Doctor Shackle.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? Ni siquiera usted nos deja en paz con sus continuas visitas —respondió la madre de Roy.

— Yo lo único que quiero es saber cómo sigue Roy. Es un caso único en el mundo, y no sabemos cómo puede evolucionar —se defendió Shackle.

La conversación siguió el mismo camino, mientras yo me encontraba cada vez más ansioso por conocer de una vez al extraordinario Roy Rorim. Una vez allí, oyendo hablar a su madre, me di cuenta de que todo lo que contaban de él era real, y de que podía encontrarme ante el caso más interesante de la historia médica conocida.

Mientras desayunábamos, la señora Rorim siguió acusando al mundo de querer perturbar la paz de su hijo, y contó una penosa historia sobre el padre de Roy. Al parecer, al poco tiempo de nacer el niño, y tras los innumerables exámenes médicos que confirmaron que, a pesar de su extremadamente atípica condición física, el bebé estaba sano, el señor Rorim intentó convencer a su esposa de utilizar la extravagante apariencia del muchacho para ganar dinero. Esta idea podía parecer cruelmente retorcida, pero no es de extrañar que el padre de Roy pensara así, si tenemos en cuenta que trabajaba como mozo ayudante en el circo de una ciudad cercana a su población, en el que abundaban los enanos y otras personas con deformaciones físicas a las que la gente pagaba por ver.

Según la madre de Roy, su marido le dijo que se harían millonarios con un hijo así, y que él se encargaría de que el muchacho estuviera a salvo, para que no lo explotaran como al resto de personas-atracciones. Evidentemente, a la señora Rorim le pareció una atrocidad vender a su hijo como un espectáculo circense, y se negó rotundamente a ello. Sin embargo, el problema no acabó ahí. El señor Rorim siguió insistiendo con su idea, e incluso un día llegó

a llevarse a Roy al circo sin que se enterara su esposa. Más tarde, cuando ella lo supo, entró en cólera, acudió a la policía y se aseguró de que su marido no volviera a entrar en casa nunca más.

— Desde entonces estamos solos él y yo, y esta situación me desborda por completo — siguió contando la señora.— No sé qué hacer para ganar dinero y poder salir adelante...

Fue justo entonces cuando Roy entró en la cocina, y quedé maravillado con lo que observaron mis ojos. Nunca había visto tanta belleza en un niño de su edad, y me fascinó darme cuenta de cómo todo lo que había alrededor se reflejaba sobre él, haciéndose mucho más hermoso.

Por lo que pude estudiar a partir de aquel día, descubrí que Roy Rorim había nacido con una patología cutánea extraordinariamente atípica, la cual no ha vuelto a ser observada jamás en ningún otro ser humano. Debido a una causa inexplicable para cualquier médico hasta la fecha, la pigmentación de la piel de Roy repelía por completo la luz, de tal forma que no absorbía ningún color, sino que reflejaba todo lo que sobre ella incidía. Por ello, la piel de Roy Rorim era un auténtico espejo, sobre

el que uno podía ver todo lo que estaba a su alrededor.

Así, la realidad tomaba la forma de Roy Rorim, reflejándose en sus facciones corporales y faciales. Al margen de esta patología, Roy tenía una complexión física totalmente normal, por lo que uno podía observar el reflejo del entorno en su rostro, tomando las líneas de su nariz, evitando la forma de sus claros ojos azules y amoldándose al resto de elementos de su cara. Igualmente, los reflejos incidían sobre la totalidad de su cuerpo, mostrando exactamente lo mismo que veríamos si esculpiésemos un espejo a imagen y semejanza de un ser humano. No obstante, la diferencia principal es que Roy estaba vivo, se movía y hablaba, por lo que tenerlo delante era un magnífico espectáculo visual.

A pesar de que no quería incomodarlo, y de que me había prometido no fijarme solamente en su aspecto físico, como si de un objeto se tratara, el primer día que conocí a Roy escudriñé cada rincón de su piel con la mirada, ávido de saciar mi curiosidad acerca de cómo se reflejaría la realidad en cada parte de su cuerpo.

Así, por ejemplo, era deslumbrante ver lo que ocurría con los reflejos cada vez que Roy hablaba, sonreía o hacía una mueca. La superficie

de la piel de su cara tomaba diversas formas, y la realidad seguía sus movimientos instantáneamente, justo al contrario de lo que ocurre cuando nos movemos ante un espejo que está estático. En cierto sentido, era tremendamente paradójico observar cómo el entorno tomaba la forma de Roy Rorim, de tal modo que si él sonreía, la realidad sonreía, y si él fruncía el ceño, el mundo hacía lo propio.

Otro de los rasgos de Roy que llamó poderosamente mi atención fue el juego visual que se daba en torno a su pelo. Roy tenía el cabello muy claro, entre rubio y blanco, y solía tenerlo un poco largo, de tal forma que el flequillo le sobresalía por delante de la frente. Si te parabas a observar esa parte de Roy disfrutabas de una visión atrayente, ya que el entorno se filtraba a través de los cabellos que quedaban sueltos, reflejándose una parte de éstos junto a una parte del resto del espacio, formando una composición sugestiva.

Asimismo, también resultaba tremendamente curioso ver cómo las imágenes reflejadas tomaban un matiz más oscuro en sus labios, sus uñas y sus orejas, tal y como ocurre con el borde de muchos espejos, al estar pulido con un contorno diferente al resto del cristal.

En definitiva, eran muchas las visiones distintas que ofrecía el aspecto de Roy, pero, sin duda, la más fascinante tenía lugar cuando hablabas cara a cara con él. En esos momentos, la sensación que uno recibía era completamente indescriptible. Tu rostro se reflejaba en el suyo, tomando sus facciones, de tal forma que él se metía en tu piel, y tú te abandonabas, quedando en un estado de indeterminación que acababa traducándose en gozosa libertad. Por ello, hablar cara a cara con Roy era, en definitiva, verse a uno mismo, conocerse y liberarse.

Todas estas cualidades las conocía el propio Roy, y sabía darles uso de un modo aún más especial. De hecho, Roy hizo de uno de estos juegos visuales un ademán que lo acompañó toda la vida, como un tic o un gesto recurrente que uno repite casi sin darse cuenta. En este caso, Roy lo que hacía era arrugar el reverso de su mano izquierda con su mano derecha, de tal forma que lo que se reflejaba sobre ese fragmento de su piel se deformaba a su gusto. Cuando estaba sumergido en sus pensamientos, podías ver a Roy durante largos minutos jugando con su propia piel con ese característico gesto.

Tras aquella primera visita a la casa de la madre de Roy, en la que quedé anonadado,

volví varias veces más, con la excusa de dar otra opinión médica al estado de salud de Roy, el cual debía ser supervisado a menudo debido a la condición física tan particular del muchacho.

En las siguientes visitas, fui descubriendo el mundo interior del joven Roy, el cual era igualmente sorprendente, y entablé una amistad, tanto con él como con su madre, que duraría para siempre. Tal vez por esta amistad o porque Roy echaba en falta una figura paterna, el chico se encariñó mucho conmigo, y yo traté de aconsejarle y ayudarle de la mejor manera.

Con los años, Roy terminó sus estudios escolares satisfactoriamente, a pesar de acudir poco a la escuela debido al revuelo y agobio que le causaba su apariencia física, y decidió probar suerte intentando trabajar en algún periódico. Debido al gran número de horas que había pasado recluido en casa durante su infancia, Roy había desarrollado un apasionado hábito de lectura y una gran habilidad para escribir, la cual reforzaba con su sensibilidad a la hora de expresarse, fruto de su alta capacidad empática. Así, Roy Rorim escribía del mismo modo que hablaba, con gran fuerza y belleza a partes iguales, y golpeando con los puños desnudos.

Como en la pequeña localidad en la que vivía no había periódico, le ofrecí a Roy venirse a vivir conmigo un tiempo a mi ciudad, para ver si encontraba trabajo en alguno de los periódicos que allí se editaban. Roy aceptó de buen grado pero, a pesar de su inteligencia y su determinación, no encontró trabajo. Según me contó, todos los periódicos que visitó le ofrecieron un puesto de trabajo y una gran cantidad de dinero a cambio de una fotografía que poder publicar en la portada.

Y es que, por aquel entonces, la leyenda del chico con la piel de espejo había crecido más y más, y el país entero quería saber de él. No obstante, Roy, tal y como había aprendido de su madre, se negaba a venderse como una atracción de circo, y solía intentar pasar siempre desapercibido, vistiendo con su habitual gabardina de cuello alzado, su sombrero negro y sus gafas de sol, y moviéndose al margen, sin llamar la atención.

Durante los meses siguientes, Roy se dedicó a buscar empleo en diferentes lugares, pero todas las entrevistas de trabajo acababan con un intento de comprar su imagen, su historia o su dignidad. Esta sucesión de fracasos laborales llevó a Roy a un enorme estado de tristeza, que

se vio tremendamente agravado por el fallecimiento de su madre, a causa de un accidente de tráfico que sufrió de camino a la ciudad, cuando venía a visitarnos a Roy y a mí.

El día del funeral es el peor momento que recuerdo de Roy. El ataúd de su madre reflejado en su rostro, junto con la proyección de la lluvia cayendo y mezclándose con sus lágrimas, es una imagen que quedó grabada en mi mente. En aquel funesto juego de imágenes no se distinguía que era lluvia y que era lágrima, pero no importaba, porque cuando Roy Rorim lloraba, la realidad lloraba.

A partir de entonces la vida de Roy dio un giro absoluto, y solo un mes después del fallecimiento de su madre el periódico local abría con una fotografía surrealista: una imagen imposible en blanco y negro copaba la portada. En ella, se distinguía una melena clara y un par de ojos, todo ello mezclado con la visión de una cámara fotográfica. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que nunca antes había visto una fotografía de Roy Rorim. En cualquier caso, no era nada espectacular, ya que el fotógrafo y la cámara se reflejaban en su piel, dando como resultado un conjunto visual prácticamente indescifrable. Junto a la fotografía había un

titular que rezaba “El hombre-espejo da la cara” y un texto que aseguraba que la fotografía era real. No obstante, la ciudad y el país entero tomaron la noticia como una farsa.

Fue así como Roy, después de los duros golpes que había recibido, dio su brazo a torcer y comenzó a venderse, en parte como una llamativa atracción circense. Gracias a esa fotografía pasó a trabajar en el periódico local y a integrarse en la vida en la ciudad, y poco a poco empezaron a difundirse cada vez más historias absurdas sobre él.

Algunas decían que su condición física se debía a que había sido engendrado en “La Casa de los Espejos”, una atracción que estaba en el circo en el que trabajaba su padre. El propio Roy se rio cuando le conté esta fábula que había oído en el trabajo, al imaginarse a sus padres colándose por la noche en “La Casa de los Espejos” para darse placer. Ciertas historias disparatadas decían también que Roy era un extraterrestre, mientras que otras sugerían la opción de una radiación nuclear durante su infancia para explicar su patología cutánea.

Con los años, cada vez Roy tenía aspiraciones mayores y comenzó a escribir una novela, cuyo inicio se me antojó sensacional el día que me

dejó leerlo. Sin embargo, el trabajo le dejaba poco tiempo para escribir, y le parecía cada vez más estresante y aburrido, por lo que decidió dejarlo y buscar otras fuentes de ingresos más sencillas y abundantes.

Hasta aquel momento, nunca había sabido de la existencia de ciertas ofertas, pero, de entre todas las proposiciones de venderse que le llegaban a Roy, había algunas especialmente sustanciosas económicamente. Cuando me habló de ellas, Roy se refirió al “uróboros”, un símbolo ancestral que muestra a una serpiente engullendo su propia cola. Según Roy, para muchos estudiosos, esta serpiente simboliza el eterno retorno o el esfuerzo inútil, pero para otros, es un símbolo de auto-felación.

— Las culturas ancestrales ya mitificaban ese deseo sexual —me dijo Roy mientras la realidad sonreía imitándolo.— Desde hace milenios las personas sueñan con poder darse placer a sí mismas.

Cuando estabas con Roy no sólo te reflejabas en su superficie, también te encontrabas a ti mismo. Y había mucha gente dispuesta a pagar una gran cantidad de dinero por encontrarse a sí misma en la cama. Nadie como Roy Rorim sabía ponerse en la piel de los demás.

Durante las semanas siguientes a dejar el periódico, Roy hizo más dinero del que podía gastar en vida. Se había convertido en una atracción circense de lujo, y hombres y mujeres de todas las edades pagaban cantidades enormes por estar un rato con la leyenda viva del hombre-espejo, reflejándose y encontrándose a sí mismos en cada parte de su cuerpo, y sintiéndose como el “uróboros”.

Poco tiempo después, Roy recuperó el criterio, o eso me hizo creer, y dejó de vender entradas para “La Cama de los Espejos”. Ya tenía el dinero necesario para poder encerrarse en sí mismo todo el tiempo que quisiera, y dedicarse a leer, escribir y todo lo que siempre le había gustado. Fue entonces cuando Roy se volvió más y más huraño, y comenzó a desaparecer como un ermitaño al margen de todo. Por aquella época yo, preocupado por él, comencé a seguirle la pista sin que se diera cuenta.

Por lo que sé, alquiló una casa en la montaña, y se dedicó a acumular espejos en cada rincón de la misma. Así, cada mañana, al alba, sacaba varios espejos a la parte trasera de la casa, la cual daba a un pequeño desfiladero. Para cuando el sol comenzaba a salir, Roy ya estaba completamente rodeado de espejos, los cuales se

reflejaban unos a otros al mismo tiempo que él los reflejaba a todos en un bucle infinito. Roy podía pasarse el día entero allí dentro, mirando fijamente el reflejo del reflejo de su reflejo.

Roy Rorim sabía, como nadie, ponerse en la piel de los demás. Pero nunca ocupaba su propia piel. Paradójicamente, Roy te permitía conocerte, pero no se conocía a sí mismo. Supongo que mirándose en su túnel de espejos en el que reflejaba eternamente Roy se vaciaba por completo, podía encontrarse y sentirse como el “uróboros”. El problema era que ya solo encontraba el placer en eso. Podía pasarse los días enteros sin comer mirándose en la sucesión de reflejos en espejos. Se había convertido en un monstruo adicto al vacío, en lo que Mary Shelley llamaría “El moderno Narciso”.

Una de las mañanas que subí a vigilar a Roy, antes de que amaneciera, me asomé al rellano junto al desfiladero en el que siempre solía ponerse, para ver si lo veía. Sin embargo, en vez de a él y a su túnel de espejos, me encontré un cementerio de cristal. Todo el suelo estaba cubierto por trozos de espejos rotos. Debía haber cientos de ellos hechos añicos allí. Bajé rápido, fatigado por si le había pasado algo. Grité su nombre con todas mis fuerzas, pero no obtuve

respuesta. Recorrí todos los alrededores de la casa y, viendo que no lo encontraba, rompí una ventana para colarme dentro. Pero allí tampoco estaba. Era realmente extraño, hacía meses que Roy no abandonaba la casa de la montaña. Justo cuando me disponía a volver a la ciudad para avisar a la policía, el sol comenzó a salir. Fue entonces cuando presencié aquel auténtico milagro visual. El sol empezó a reflejarse en todos los fragmentos de espejos, y estos, a su vez, se reflejaron unos en otros, formando una espectacular aurora boreal artificial. Me quedé quieto, en silencio, observándola, mientras me encontraba a mí mismo, y comprendí que nunca más vería a Roy Rorim.

Unos días después de la desaparición de Roy, volví a bajar al sótano del hospital donde administraban el gas mostaza, y donde Roy me enseñó aquella lección de empatía. Estuve horas sentado sintiendo el dolor ajeno, e intentando olvidar el mío por la pérdida de Roy. Cuando estaba a punto de irme, tras dar por imposible el superar el duelo, un señor con bata se me acercó. En su identificación ponía “Doctor Goodman”.

— ¿Usted es el Doctor Brown, verdad? —dijo, mirando mi identificación.— ¿Es usted amigo

de Roy Rorim, verdad? Hace tiempo que no viene a ponerse su tratamiento y no logramos contactar con él, ¿sabe si le ha pasado algo?

Entonces lo comprendí todo. Las ausencias, la obsesión por el vacío y las recientes erupciones cutáneas. Roy no iba a ese sótano solamente para olvidar sus problemas, era un paciente más. La evolución de su patología no era inexistente, sino que había derivado en aquella grave enfermedad. Fue eso lo que le llevó al ostracismo, y lo que acabó con su negocio del “uróboros”, porque nadie quiere encontrarse a sí mismo en un reflejo putrefacto.

A día de hoy aún no sé lo que pasó con Roy. No sé si vive, ni siquiera sé si existió realmente o es sólo una leyenda más de las que cuentan. Actualmente, todavía recibo llamadas de gente que asegura haberlo visto. Cartas de personas que dicen tener restos de su cuerpo, los cuales encontraron entre el mar de fragmentos de espejo. Hace un mes, un señor aseguró en la radio que tenía el dedo de Roy, que lo había encontrado en una colina. Ya no puedo creer nada, ni siquiera mis recuerdos sirven. Ahora son un mito cualquiera, una triste historia sobre un ángel de cristal, que desapareció sin más.

**Francisca Andrea Luque Priego**

# En Babia



Francisca Andrea Luque Priego

# En Babia

*Maldito trabajo el de la casa  
sólo se aprecia cuando no está hecho*

**Isabel Allende**

*A E. N. P. por lo que nunca debiera suceder,  
por lo que nunca debiera haber sucedido*

Como todos los días, a las seis y media de la mañana, suena el despertador. María se levanta y sin más preámbulo que el de liberarse del aturdimiento del sueño con un par de almorzas de agua sobre la cara, se dispone a encarar el trajín de una jornada más. Antes que nada, preparar la ropa de Manuel, su marido, y de sus hijos Manu y Andrea.

Dulcemente, estira el mono sobre la tabla de planchar con la palma de la mano abierta, como acariciándolo, como si bajo sus dedos bullera la piel de lo que más quiere en este mundo, su Manuel. Y mientras plancha, sin poder evitarlo, María odia al Sr. Navas, el jefe de personal de la fábrica de aceite donde trabaja Manuel, en la planta de envasado. Pareciera que el Sr. Navas lo hubiera tomado con él. «*Pobrecito mi Manuel, cada día regresa un poco más hastiado*». Todo el daño que le hagan a su Manuel le duele a María como si a ella misma se lo hicieran, aunque luego lo sufra para sus adentros, a corazón cerrado, y no le diga nada a nadie, porque María es así. «*Este tío es un gilipollas... Menudo día me ha dado. Con lo a gusto que podía estar...*», repite Manuel, como una letanía, cada día a su regreso, mientras se deja caer en el sofá y extiende sus piernas sobre la mesita, a la espera de que María le traiga las zapatillas y la cerveza fresca. *¡Venga María, que vengo frito!* Aunque Manuel nunca se ha llevado bien con el Sr. Navas, ahora pareciera que las cosas estuvieran peor que nunca, y teme María lo peor, porque es su Manuel un hombre de temperamento y cualquier día va a perder los estribos, se va a disparatar y le va a decir todo

lo que le venga en gana y después se le va a ir la mano y quién sabe qué puede pasar, aparte de perder el trabajo, que ya es importante, pero que es lo de menos en este caso.

«*¡Vamos Manuel, son las siete y media...o es que hoy no tienes ideas de ir a trabajar!*». Hoy, como todos los días, María zarandea dulcemente a Manuel e intenta despabilarlo del efecto narcótico del sueño. Es ella, con su voz y sus caricias, la encargada de despertar a todos los demás miembros de la familia a fin de evitarles el odioso ruido del despertador. Todos, excepto ella, están exentos de esta detestable condena. Manuel se retuerce y estira a fin de desentumecer los agarrotados músculos.

«*¡Joder, qué poco dura lo bueno!*», exclama Manuel, que de buena gana se hubiese quedado una horita más en la cama. «*¡Mari —así la llama Manuel— te comenté ayer lo del accidente en la N-IV? ¡Pobres chavales...! Tres de los cuatro, al parecer, estaban bien fastidiados... Las prisas en la carretera no traen nada bueno. Y es que esa dichosa carretera por la mañana es un cañón, todos queremos aprovechar la cama hasta el último segundo y luego, ¿para qué? Un adelantamiento indebido de un tipo en un todo terreno, colisión frontal, y ya te imaginas... Un*

*dantesco espectáculo. Casi media hora de retención con las tripas que se me salían por la boca, que a punto estuve de volverme para casa, para luego llegar tarde al trabajo y encontrarte con el capullo del Navas con los brazos en jarras a la puerta de la planta, esperándote... ¡A buenas horas mangas verdes!, exclamó a bocajarro, sin pedir antes siquiera explicaciones de lo sucedido, que ganas me dieron de mandarlo a la mierda, lo que pasa es que uno aguanta y aguanta hasta que una vez revienta y mande todo al carajo y al jodido Navas más allá todavía, pero con el billete picado para que no se pierda».*

Y mientras María escucha atentamente cada palabra que sale de la boca de su Manuel, recoge el pijama que este, como todos los días, ha dejado sobre la cama hecho un liote, lo dobla cuidadosamente y lo deja caer sobre la marquesina. Abre las ventanas de la habitación para que se airee y se dirige a la cocina para prepararle el café, un descafeinado elaborado a base de agua, dos cucharadas de Nescafé y una pastilla de sacarina que mete en el microondas durante un minuto y medio. Y mientras a través del cristal de la puerta del microondas observa cómo gira el vaso de Nescafé sobre la plataforma circular, como si su mirada se prolongase

mucho más allá del minúsculo receptáculo del electrodoméstico, unos terroríficos pensamientos la invaden. Piensa María en la dichosa carretera como si fuese una jungla en la que cada uno intenta sobrevivir como puede, en cómo sorteará hoy su Manuel la suerte. *«¡Ojalá ningún suicida se cruce en su camino! Y es que la vida en la carretera no sólo depende de que uno vaya con precaución sino que los demás la lleven. Fíjate en esos tres chicos, sin comerlo ni beberlo... Es una lástima...»*

Así permanece por unos instantes, inmóvil, impávida, abstraída, como fuera de sí, hasta que la voz hiriente e imperativa de Manuel la devuelve a la realidad. *«¡Mari, estás en Babia o qué! ¡Venga ese café! Pareces tonta, o es que quieres que también hoy el capullo del Navas líe la hebra conmigo, pues gresca íbamos a tener, que no están hoy mis cojones para sermones»*, le recrimina Manuel y entre dientes apostilla: *«No sé qué tendrá que pensar esta con tanto embelesamiento, cuando el problema más gordo que se le puede presentar es que no funcione la lavadora y va y llama al técnico y luego está aquí Manuel para poner las espaldas»*. *«Perdona cariño, pero es que se me había ido el santo al cielo. No sé lo que me pasa últimamente»*, se disculpa María servil

y humildemente, como si en verdad hallara abandono o culpa o negligencia en su actitud. Manuel se toma el café de pie, a pequeños pero continuos sorbos, y entre sorbo y sorbo no cesa de reprocharle que se va a achicharrar la boca. «*No sé la manía de poner el café ardiendo, no sé...*». María hace caso omiso a sus palabras, acerca sus labios a los de Manuel y rozándolos se despide de él, no sin antes desearle que pase un buen día y que tenga cuidado con la carretera.

Ahora le toca el turno a sus pequeños, aunque no son ya tan pequeños, Manu y Andrea. A María le da como un poco de no sé qué tener que despertarlos, pero así es la vida. «*¡Venga perezosos! ¡Arriba!*», exclama desde el pasillo, antes de entrar siquiera en las habitaciones. «*Por la noche no hay quien se acueste y ahora vienen las penas*». Entra ahora en cada una de ellas y sin parar de hablarles para que se vayan despabilando, sube las persianas para que el nuevo día inunde las estancias de su luz.

Andrea tiene dieciocho años, no quiso estudiar y ahora trabaja en un taller de confección. Una pequeña cooperativa que han montado entre cinco o seis amigas y que va tirando a trancas y barrancas. María lo pasó muy mal cuando Andrea dejó los estudios, pero no hubo medios,

no quería y no quería. El sueldo no es muy boyante, pero al menos se va acostumbrando a una disciplina y no está tirada en la calle todo el día. *«Porque la calle hay que ver lo que es —piensa María—, y a esta edad, no lo quiero ni imaginar»*. Enciende el tostador y mientras ralla un par de tomates para las tostadas, así es como les gustan, untadas de tomate natural y salpicadas de sal, piensa en lo que le pasó a Isa, su amiga, una chica monísima. Pero no, no quiere pensar en eso, que se pone deprimida. Entonces su pensamiento en su incesante vuelo mudo y cambiante se detiene en lo que ahora tanto le preocupa a Andrea, su trabajo. Ayer mismo le decía: *«Mamá, tu ves a los chinos, esos seres casi insignificantes, menudos y bajitos, que parecen no ser casi nada, pues la están liando gorda. Sí, mamá, no te rías que no está la cosa para bromas. Lo que es en la confección la llevamos clara. No hay quien compita con los dichosos orientales, tienen todo el mercado saturado y a unos precios sin competencia, así es que vamos a ver si no nos vemos obligadas a echarle la llave al taller»*. Y mientras retumban estas palabras en la cabeza de María, piensa en cuánto de verdad hay en ellas, piensa que sería un duro golpe si Andrea se viera ahora de nuevo en el paro,

piensa... *«Pero, mamá, las tostadas, no hueles... Se te están quemando»*. *«¡Jolín! No sé que me ocurre hoy...»*. *«Qué te va ocurrir, mamá, que estás en Babia, como siempre»*.

Una vez Andrea y Manu se toman el tentempié se marchan cada uno a su destino, Andrea al taller y Manu al instituto, ya es todo un hombrecito, tiene doce años recién cumplidos y este año va ya al instituto, hace primero de la ESO. Una vez se ha quedado sola, bueno sola con la abuela, pero esta como si no estuviera, y antes de levantarla, como todos días, se dispone a recoger el piso, hacer la colada, tender la ropa...

La habitación de Andrea está más o menos recogida, y es más, María no tiene ni que entrar en ella, a Andrea no le gusta que su madre le toque sus cosas ni se las cambie de lugar. Pero la de Manu... Manu sí que es un desastre y no será porque María no se lo riñe. Y mientras con sumo cuidado pasa un paño humedecido por el teclado del ordenador no deja de pensar en su Manu. Y es que a María eso del ordenador siempre le ha impuesto mucho respeto, por no decir miedo, y no hablemos de Internet, ese mundo mágico en el que parece encontrarse todo esperando a que escribas la palabra adecuada

en esa ventanita rectangular, por remoto que sea lo que se te ocurra, por raro que te parezca, y va y te lo encuentra. ¡Joder, que si te lo encuentra! Y su Manu, tan pequeño y ya sabe manejarlo, no le ocurre lo que con las Matemáticas, bueno ni lo que con el Conocimiento del Medio, ni lo que con el Inglés, ni... Y pare usted de contar porque casi todas las asignaturas habría que referirlas. «*Mamá es que don Amador la ha tomado conmigo*», le dice, y María calla, por no decirle «*y también don Evaristo, y don Juan, y doña... Todos la han tomado contigo*». Porque ella bien sabe que es perezoso, y que más que el estudio le van los juegos, que por cierto también son del dichoso Internet, y eso de comunicarse con el Messenger, que es todo un especialista, y lo de la Playstation. Y calla María porque la mayoría de las veces no quiere gresca con su Manu, que aunque pequeño ya tiene su genio. «*Hay que ver con don Amador que la ha tomado con este niño*», dice María irónicamente. «*Sí, mamá, riete tú*», le replica Manu, que se ha dado cuenta de la sorna de su madre, pero en eso se queda todo.

María le dedica todos los días, de lunes a viernes sin excepción, un buen rato a ayudar a su Manu en las tareas, sabe que no lo pue-

de dejar solo, que se le va el santo al cielo, el cerebro se le empantana y no hace nada. «*Harta estoy ya de cabos y golfos y potencias y números primos y operaciones con fracciones...*», dice María, cuando ya los nervios le comen la moral. «*Que ahora estoy estudiando lo que no había estudiado en mi juventud... Que deseando estoy de que acabe ya el curso*». Pero luego todo es como si nada, y María vuelve erre que erre porque quiere que su hijo no se quede a atrás y ha de ser constante, no puede tirar la toalla, no, eso no lo haría ella nunca. «*A ver... Si un surtidor echa siete litros de agua por segundo, en tres horas y cuarto, ¿cuántos litros echará?*». María se detiene a pensar un instante... «*Mamá, déjalo estar... ¿Qué vas tú a saber de esto!*», le reprocha Manu, que está deseando que su madre cese en el constante acoso a que lo tiene sometido, así lo entiende él.

Ya tiene el piso más o menos en orden, hechas las camas, recogidas las habitaciones, pasada la aspiradora, tendida la ropa y puesto en marcha el almuerzo. Hoy no ha tenido que salir al supermercado y eso le alivia mucho la mañana. Solo le queda lavar los cuatro cacharros del desayuno y a levantar a la abuela. Con la abuela no quiere prisas por eso la deja para la

última, para dedicarle todo el tiempo que le sea necesario.

«¡*Vamos abuela!*», le dice, como si la oyera o como si de su voluntad dependiera el hecho de levantarse. María mejor que nadie sabe que no, pero le gusta hablarle como si así fuera. Hace tanto que los abandonó, que ya ni siquiera recuerda cuándo traspasó el umbral que la separa de la realidad... Poco a poco fue adentrándose en esa inescrutable estancia del olvido de la que no hay regreso. Piensa que hoy, que lleva las tareas más adelantadas, es un buen día para asearla más detenidamente. Con sumo cuidado, como si de un niño pequeño se tratase, y muy lentamente, como si a María ya no le importase el tiempo, la conduce, cogida del brazo, hasta el cuarto de baño, la desnuda y la sienta en una silla que tiene a propósito en el plato ducha. La rocía con agua calentita y con la esponja embadurnada de gel comienza a acariciar aquel cuerpo menudo de flácida textura y estriada piel. Y en sus reiteradas friegas, no sabe por qué, pero siempre le ocurre, un suave hormigueo la recorre. Piensa María cómo le gustaría escuchar de nuevo su voz, la recuerda dulce, sentada en el filo de la cama, llena de vida, contándole historias de otro tiempo, y

ahora está allí, indefensa, vulnerable, tan frágil. Y piensa María qué sería de ella si no estuviese a su cuidado. Y piensa... Porque María siempre piensa en algo, en alguien, en todos, como si estuviera condenada a ello, como si cada latido de su corazón no cesara de golpear continuamente en aquella afectiva conciencia.

Aclara su cuerpo con el agua limpia de la ducha y lo seca luego con mimo. La conduce ahora hasta una de las mecedoras que hay junto al ventanal que da al pequeño jardín, la sienta y mientras cepilla una y otra vez aquel pelo gris, piensa María que si a ella le ocurriera algo, quién le daría de comer, quién la asearía, quién estaría pendiente de su medicación, quién armaría su vida de paciencia, y lo que es más importante, del amor suficiente para tratarla con el cariño necesario como para hacer de aquella existencia una extremidad más a la que cuidar como propia. Una existencia que por días parece extinguirse como la llama de un candil al que se le ha agotado el aceite. Por unos instantes el rostro de María se entristece y el vaivén del cepillo se detiene, pero rápidamente abandona aquellos pensamientos que la han angustiado por unos instantes, no quiere deprimirse, no, no puede. *«No sé que me pasa*

*últimamente*», piensa y recoge alegremente aquel caudal de pelo cano en un hermoso moño, como armándose nuevamente de valentía para seguir afrontando la monotonía del cotidiano devenir. *«Sí, posiblemente la abuela sea feliz con sus recuerdos, en su mundo, y su pensamiento esté ahora encaramado en cualquier anécdota de la infancia, que su memoria mantiene intacta».*

\* \* \*

Andrea y Manu hace rato que se fueron a la cama, Manuel acaba de irse, son las once y media y mañana tiene que hacer frente a otra dura jornada de trabajo. *«Mari, me acuesto, no te espero, que ya no me tengo en pie y mañana es ya mismo y no veas que día me espera y el capullo del Navas...».* María, como todos los días, termina de fregar los cacharros de la cena y antes de irse a la cama tiene por costumbre pasarse por el cuarto de baño para hacer sus necesidades, limpiarse los dientes y últimamente, tocarse ese pequeño bulto que desde hace algún tiempo tiene en el pecho y que no cabe duda que con los días va aumentando de tamaño. *«Debería decirle algo a Manuel, pero bastante tiene el pobre con el trabajo y el dichoso Sr. Navas y la*

*maldita carretera y poner las espaldas para todo, su cansancio y qué sé yo más, como para irle con boberías», piensa, mientras se cepilla los dientes. Ni tan siquiera a su Andrea le ha referido nada, «No, a ella si que no le puedo decir nada, todavía es una niña... Además, preocuparla, como está ella ahora con el trabajo por culpa de los dichosos chinos, qué menudo guirigay tienen formado en la confección, en precios no hay quien compita con ellos». Piensa entonces que podría ir al médico, sola, sin decirle nada a nadie... «Y si voy al médico, por mi cuenta, sin referirle nada a nadie... A Juani, la vecina, le diré que preciso que se quede un rato con la abuela y asunto resuelto... Pero claro, seguramente, aunque luego resulte ser nada, me tendrán que hacer análisis y pruebas, y luego las consultas se sucederán una tras otra, los especialistas... Y claro, eso no se hace en un solo día, no, y dejar yo a mi Manu solo con las potencias y sus exponentes, las raíces cuadradas, las operaciones con números decimales, los cabos y los golfos... No, eso ni pensarlo... Y la abuela, eso es, y la abuela, ¿dónde la dejamos...?». Se enjuaga María la boca enérgicamente y tras hacer una serie de aspavientos frente al espejo, como convenciéndose de lo descabellado de aquellos pensamientos, se toca un día más el pequeño*

bulto, se lo vuelve a tocar: «*Bah, bobadas, un quiste de nada, grasa seguramente, y yo haciendo una montaña de un grano de arena*».

María, un día más, se dirige al dormitorio después de una jornada agotadora dedicada a lo que más quiere, su familia, pero no le pesa, al contrario, se siente pletórica, llena, satisfecha de darlo todo por ellos. Se mete en la cama y mientras escucha el estridente ronquido de Manuel que ya se ha dormido, esperando a que el sueño la trasponga, piensa qué puede preparar para el almuerzo de mañana. «*Bien puede ser un estofado de patatas con ternera, hace tiempo que no lo comemos, aunque a mi Manu no le hace mucha gracia... Como no sea que ponga macarrones con...*». María, como todos los días, se queda dormida pensando en todo y en todos menos en ella.

\* \* \*

Así, día tras día, transcurre su vida, y María aparte de pensar en el Sr. Navas, o en el tráfico de la N-IV, o en las notas de su Manu, en su futuro, o en el de su Andrea, en su trabajo, en los dichosos chinos, no se le puede olvidar tampoco que mañana tiene que ir a hablar

con don Evaristo, o a pedir la cita para que el médico le recete para la cistitis de Manuel, o la del dentista o la de la peluquería para Andrea, o la del callista para la abuela que tiene una uña que ni la mar de fea, o en las medicinas que debe darle a la abuela, en los horarios, que no se le olvide ninguna, o en que debe ir a la farmacia por los pañales, también de la abuela, que apenas le quedan, o en pasarse por el banco, para arreglar ese problema que hay con lo de la hipoteca, o en las comidas, que ya no sabe que va a poner, etcétera, etcétera, etcétera. Y mientras piensa en todo esto, como digo, María hace las camas, o pasa la mopa, o tiende la ropa, o friega los azulejos de la cocina, o los muebles, o bien las persianas, o las lámparas, o los cristales, o reorganiza la ropa de los armarios y la de los cajones, o hace el cuarto de baño, o sana el trastero, o el zapatero, o prepara el desayuno o las camas, o limpia el pescado, o plancha...

Y entre tanto, como María siempre está en Babia, su Manu le vocea desesperadamente que dónde está su Gameboy o su Nintendo DS o su Playstation portátil, que no encuentra nada y quedó con su amigo Javi para echar unas partidas. *«¡Cualquiera atina dónde guarda esta*

*mujer las cosas... En el sitio más increíble»,* re-funfuña Manu, exasperadamente impaciente. Y es que María tiene la maldita costumbre de ir recogiendo todo lo que Manu deja tirado cuando ya no le sirve. O bien su querido Manuel le recrimina de malos modos que a qué espera para ponerle la cerveza, o en el mejor de los casos, que dónde está el destapador, o sus gafas de cerca, o las pilas para el transistor, o las zapatillas, porque a pesar de tantos años de convivencia él sigue sin saber el sitio de cada cosa, y María entonces deja aquello que está haciendo para encontrárselo y dárselo en la mano y que él no se tenga que mover. O bien Andrea le censura el hecho de no tenerle preparado cualquier modelito que a ella se le haya antojado ponerse: *«No sé en qué diablos piensas, mamá, te dije esta mañana que me plancharas la falda de pliegues azul marino, la quería para esta tarde, me tengo que ir, y aún no la tengo preparada».*

\* \* \*

Aquella tarde María se siente más agotada que de costumbre, como si el cansancio de toda su vida se le viniera de golpe encima. Se

sentó en la otra mecedora, junto a la abuela, vencida, cerró los ojos y no quiso saber nada de nada. Manu la miró con extrañeza, su madre, esa mosca cojonera que todas las tardes estaba tan encima de él para que hiciera los deberes, su madre, ese torbellino de vida que siempre andaba revoloteando por la casa como poseída por un diabólico azogue, no había ni fregado los platos del almuerzo... Todo le parecía muy raro, eso de que su madre bajara la guardia no sólo no era nada corriente sino desconocido para él. Quizás alguna vez, durante algún enfado, pero nunca transcurría más de media hora en que volviera al ataque. Hoy sin embargo, era diferente. Manu, no obstante, aunque sorprendido por aquel extraño comportamiento de su madre, aprovechó la tarde para jugar a la PSP, tenía que aprovechar, quizás en tiempo no se le volviera a brindar oportunidad semejante.

Cuando Manuel llegó del trabajo, bien entrada la tarde ya, más que exhausta y abatida, que por supuesto lo estaba, lo que a Manuel más le llamó la atención de María fue el hecho de que parecía un tanto fuera de sus casillas. «*Ya te preparo el desayuno*», le dijo, al percatarse de su presencia, se levantó de la mecedora, como sonámbula, aleteando con sus brazos intentando

guardar el equilibrio, se dirigió a la cocina y encendió el tostador. Manuel, atónito, le sigue los pasos. «*Déjalo, cariño, siéntate tú, que ya me lo preparo yo*», le dice Manuel, como derrotado, herido, como si su corazón hubiese sido acuchillado. ¡Cuánto hacía que no la llamaba cariño! Al tiempo la coge del brazo y la conduce de nuevo a la vieja mecedora. Cuando Andrea llega, su padre le comenta lo sucedido; Manuel a su vez refiere el extraño comportamiento de su madre, cual ha sido no levantarse de la mecedora durante toda la tarde. Andrea y su padre al principio creen que posiblemente esté incubando un virus, pero no se explican lo de su delirio, no tiene fiebre... No, no puede ser. «*Lo mejor será convencerla para que se acueste*—concluyen—. *Mañana la llevaremos al centro de salud, el médico de cabecera diagnosticará*».

Aquella noche, por primera en su vida Andrea se mete en la cocina y se dispone a preparar algo de cena. Su padre le ayuda. Al abrir la alacena se quedan sobrecogidos, las docenas de huevos se apilan en los estantes, hay kilos y kilos de azúcar, montones de paquetes de macarrones, de bolsas de legumbres, infinidad de latas de conserva de todo tipo, el congelador atiborrado hasta más no poder de carne, pescado, pan e

incluso latas de conserva. Hasta el mismo horno se encuentra lleno de alimentos como si fuese una alacena. Ante lo visto, Andrea y su padre se dan cuenta de que María, sin que ellos se hayan percatado, lleva tiempo arrastrando un comportamiento anormal, y que lo sucedido hoy es tan sólo la gota que ha colmado el vaso.

Sopesan el alcance que puede tener la enfermedad de su madre. Queda claro que no es un simple virus incubando, no. Ahora por primera vez hablan de estrés, de agotamiento «*Quizás el cansancio le hace desvariar por momentos...*», comentan padre e hija entre ellos, como queriendo buscar algo más insustancial de lo que en realidad temen, algo más trivial y pasajero que reste importancia a lo que en verdad sospechan. Ambos dan marcha atrás en el tiempo rebobinando la película de su memoria y comienzan a darse cuenta de detalles a los que no dieron importancia alguna, como la otra tarde cuando a Manuel le puso tres cervezas seguidas, una detrás de otra. «*Pero otra, María, hoy por lo visto me quieres emborrachar*». «*¡Qué cabeza tengo!*». O cuando le pidió las zapatillas y le dijo «*para qué diablos quieres tú unas zapatillas*». O cuando puso una lavadora y mezcló la ropa blanca con la de color y hubo que tirarla toda. O cuan-

do puso los macarrones con tomate como la salmuera, que no hubo quien se los comiera, que quién sabe cuántas veces le echaría sal. O cuando la vecina Juani le comentó a Andrea que la había traído a casa, porque la encontró desorientada, perdida, sentada en un banco del parque, a las doce de la mañana. U otro día cuando la vecina dijo que la había vuelto desde las mismas escaleras porque las bajaba en pijama. Pero, claro, María siempre ha sido tan distraída, siempre tan en su Babia...

\* \* \*

*«Señor Porta, dígame usted, ¿cómo es posible que no se haya usted dado cuenta antes de lo que su mujer tiene en el pecho?», le pregunta a Manuel su médico de cabecera, que ha quedado hecho cruces del estado en que ha llegado aquella paciente, mientras María espera en la habitación contigua. Manuel calla, por unos instantes, no sabe qué responder. Quizá le dé vergüenza. «Mire usted, doctor, a nuestra edad ya, el amor lo hacemos de tanto en tanto, y mi mujer de un tiempo a esta parte lo postergaba aún más, se mostraba cada vez más reacia a hacerlo y cuando lo hacíamos siempre se empeñaba en*

*que lo hiciéramos con la luz apagada. Y eso de tocarla, ni pensarlo, todo se limitaba a consumir la relación y ya está», responde Manuel, turbado y con un hilo de voz que apenas le sale del cuerpo. «Pero hombre habrá usted tenido que notar algunos síntomas, algo... Y cómo es posible que esta mujer haya silenciado todo esto, la aparición del quiste primero, luego el dolor que produce la retracción del pezón, las hendiduras en la piel, la descamación, la inflamación... ¡Vamos, esto es inaudito. No se habrá dado caso similar! Y lo que ya no entiendo del todo es, ¿por qué? ¿Por qué callarlo? Y eso que me comenta de su comportamiento... Pinta muy mal este asunto, que quiere usted que le diga Sr. Porta. Le haré un volante para que ingrese por urgencias en el Hospital Reina Sofía, la cosa parece estar muy avanzada pero tenemos una buena unidad de oncología, en fin ya veremos...»*

\* \* \*

Tras un riguroso estudio —infinidad de tomografías, biopsias, resonancias, ecografías, radiografías, hemogramas, mamografías...— en la Unidad de Oncología del Hospital Universitario Reina Sofía, a María se le diagnosticó un

tumor en el pecho del tipo llamado Carcinoma Ductal Infiltrante o Invasivo en ESTADIO IV o lo que quiere decir, el cáncer ya se había diseminado a otras estructuras del cuerpo y se había producido metástasis ganglionar y cerebral.

Después de catorce meses de tratamientos agresivos, de toda una existencia convertida en un clamoroso dolor calmado a base de morfina, de un ansiar la muerte a voces, llegó el día y María murió sin dejar siquiera cuatro letras de cómo manejar la casa, pero la vida siguió. Sigue sin ella.

*Creo que yo imagino —y no es verdad— recuerdo*  
Vicent Van Gogh

...porque lo más triste de todo  
es que tú existes fuera de este relato





**Javier Ramírez Santos**

En el amor,  
como en la  
guerra, todo vale



Javier Ramírez Santos

# En el amor, como en la guerra, todo vale

Toda historia tiene un principio, un nudo y un desenlace. La vida, en cambio, tiene un principio, muchos nudos y un único posible final. Lo que voy a contarles es aquel nudo que hace años se formó en mi garganta y que aún mis ojos no han sido capaces de llorar. Lo que están leyendo es el gran secreto de mi vida, algo que me llevé conmigo a la tumba y que, una vez muerta, les he dejado leer.

Yo era una malagueña que ni alcanzaba los veinte años cuando la España que yo conocía se desmembró. Mi padre me prohibió salir a la calle y yo me limitaba a conocer lo que en ella pasaba a través de la puerta de la cocina

y por las cartas que mi novio Jesús me colaba entre las hojas de mi ventana.

Desde la victoria del Frente Popular, las palizas se habían sucedido por las calles de la ciudad en los lugares menos pensados. Y con la muerte de su compañero de partido en la calle Carmen, mi padre dijo basta. Jesús, pobrecito mío, se ofrecía a llevarme de paseo a plena luz del día, aunque fuera para que me diese el sol. Pero él nunca había sido bien visto en mi casa. Mi padre ponía el grito en el cielo cada vez que se asomaba a saludar y juraba que nadie iba a sacar a su niña de casa, y mucho menos un facha como él. Y eso que Jesús no era ningún facha. Su padre quizás, pero él solo tenía ojos para mí.

Jesús era un chico más apañado que las coles, hijo de un terrateniente y su orgullosa esposa que, tras pelearse con su padre, estaba aprendiendo el oficio de carnicero. Vivía cuatro calles por encima de la mía y no dudaba en aparecer por casa cada vez que podía para plantarme un sonoro beso a escondidas.

Y entonces empezó la guerra. Los militares trataron de tomar el Gobierno Civil, pero los malagueños, armados con poco más que el valor, no les dejaron. Maldita la hora. Aquello fue

tomado como un desafío que nos llevó a salir corriendo cada vez que sonaban las campanas de la Catedral. Comenzaron el gobierno del miedo y los días de hambre. Mi padre gritaba. Mi madre lloraba. Y la gente moría a manos de las bombas o a manos de los allegados de las víctimas que estas causaban.

Y, entre bomba y bomba, nos tocaba seguir con el miedo en el cuerpo. Cada vez que se apagaban las luces, debíamos guarecernos bajo un banco, un portal o un carro. Desde sus balcones, ‘Los Pacos’, seguidores del levantamiento, infiltrados y anónimos, disparaban a los malagueños señalados de forma cobarde y traidora. Cuando se encendían las luces, nadie sabía nada, excepto el nombre del muerto.

Recuerdo los murmullos que me llegaban desde la cocina, procedentes de la radio que mi padre y sus colegas escuchaban mirándose en silencio, mientras Queipo de Llano les amenazaba con tirarles a los *regulares* encima.

Que ‘El Popular’ mentía ya lo sabían todos. Lo que no sabían era la verdad. Y el miedo y el desconocimiento de lo que pasaba fuera de Málaga y de cómo estaba resultando el avance de la guerra, pusieron a los amigos de padre —y a él mismo— más agresivos y alterados que nunca.

El día de Navidad mi padre trajo consigo a un rondeño escuchimizado que, antes de soltar las buenas noches se zampó un par de papas a medio freír poniendo en riesgo su lengua. El rondeño, Miguel de nacimiento, se alojaba en la Catedral y era un refugiado huido de su ciudad por temor a ser fusilado. Arrimados al calor de una olla de caldo, Miguelón nos contó entre lágrimas y gritos de desesperación cómo meses atrás habían pegado un tiro a su mujer delante de una hija a la que después habían rapado y desgraciado para el resto de sus días. Si algo no olvidaré de aquella Navidad es la mirada de horror que en aquel momento me lanzó mi padre.

Y a partir de entonces, casi desapareció. Padre pasaba por casa cada dos semanas, si encartaba. Varias veces vino herido y todas ellas llorando la muerte de Fulanito o Menganito. Y entretanto, mi madre se aferraba a un rosario a escondidas de él —ateo por la gracia de Dios—, pidiendo al Grandísimo que no se lo llevara.

Cada día los cañones de quienes se relamían por la ciudad sonaban más fuerte, más cerca. Y cada día era mayor el terror de la gente. Los más listos, cogieron sus cosas y marcharon a Almería. Los menos previsores, nos quedamos a mirar.

Aquel primer domingo de febrero, mi madre y yo salimos a la calle, siendo ya de noche, para ver lo que pasaba. Una vecina salía corriendo con cuatro cosas y sus dos niños. Otra la miraba desde el umbral de su puerta. ‘¡Que vienen los moros!’, nos chilló llorando. Y entonces recordé lo que Miguelón nos había contado y lo que, a escondidas, escuché decir a la radio. *Que vienen los moros*. Y temblé.

Cuando mi madre y yo comenzábamos a recoger, mi padre entró en casa con un portazo que reventó las bisagras. De poco servía ya la puerta; había que irse. Con un fusil aún en la otra mano, cogió la cara de mi madre con la pasión del que se despide para siempre. Le pidió que corriese y que pusiera a salvo a lo que más querían. A mí. Le explicó que la única carretera que seguía abierta era la de Almería y que tenía que llegar hasta Motril, territorio republicano. Y entonces se giró sobre mí y me abrazó, impregnándome de ese olor a tabaco y sudor que me había acompañado desde que era niña. La última vez que vi a mi padre, caminaba decidido hacia la muerte, empuñando un fusil sin balas que sólo le armaba de valor.

Mi madre y yo montamos un par de sacos en el carro de un vecino y comenzamos nues-

tro camino a paso ligero. No sabría decir si la gente se nos iba sumando o si nosotros nos sumábamos a la gente, pero a la altura del El Palo, la calle Almería estaba abarrotada. La masa incalculable de personas no llegaba a atascarse por las prisas que tenían todos por salir de allí, pero resultaba imposible ver nada delante de una.

Y entonces la perdí.

Por delante de mí alguien comenzó un murmullo que pronto se volvió ensordecedor: Habían cortado la carretera y no había salida. La estampida de gente se detuvo en parte; otros, en cambio, aceleraron el paso. Y en mitad del barullo, me separé de mi madre, a la que no volvería a ver hasta bien pasada la guerra.

Entre unos y otros, fui a parar frente a una pared contra la que me aprisionaron a empujones. Agobiada, comencé a llorar tratando de zafarme de la gente. Allí, en mitad de la presión, escuché mi nombre. Levanté la cabeza y le vi: Jesús agitaba una mano sobre las cabezas de la gente tratando de llamar mi atención. Antes de darme cuenta, me abrazaba y me plantaba un beso en los labios que ya podría haber fotografiado Eisenstaedt para que diese la vuelta al mundo.

Le noté agitado, nervioso, confuso. Decía no saber que hacer ni a dónde llevarme. Le calmé para contarle lo que nos había dicho mi padre. Había que seguir, pasara lo que pasara. Y ante mis palabras, tomó mi mano y comenzó a apartar gente tirando de mí.

Aquella noche tuve más suerte que la mayoría y Jesús me encontró un carro de paja en el que poder dar una cabezada mientras continuaba el camino. Allí tirada, embebida en una mezcla de ensoñación y vívida y nerviosa vigilia, me preguntaba dónde estaría mi madre, mientras desde el cielo me sonreía el último vestigio de una luna que desaparecería en los días siguientes, tratando de ocultarse de lo que iba a ocurrir.

Estaba cerca de despuntar el sol del lunes cuando salté del carro, harta de no poder dormir ni descansar. Jesús y yo nos separamos de aquella familia, con quienes habíamos compartido el terror de la noche, tratando de encontrar a la mía. Y santo sea el cielo que nos fuimos. Un par de minutos después, una niña señaló al horizonte en el mar, apuntando a un par de barcos que, como si hubiesen recibido la orden por parte de la bendita, comenzaron a disparar. En mitad del pánico que estalló, Jesús me placó contra una cuneta del camino,

protegiéndome con su cuerpo de los escombros que caían sobre nosotros.

Cuando levantamos la cabeza, cinco aviones se cernieron sobre el grupo, dejando caer una manta de bombas. Una de ellas, la más certera, cayó sobre el carromato en el que había estado descansando, calcinándolo a él y a quienes bajo él se escondían.

Desperdigados, los cerca de cien supervivientes de aquel pelotón masacrado, corrimos como los condenados que éramos hacia un destino que no alcanzábamos a vislumbrar. Y me paré entonces a contemplar a mis compañeros de carrera: un par de decenas de niños que se esforzaban por aventajarnos, seis viejos que cojeaban todo lo rápido que podían, otras tantas viejas que gritaban y lloraban desperdiciando las pocas fuerzas que les quedaban... Eso sí, de cuantos militantes había conocido con mi padre en tiempos de la República, ni uno compartía el camino conmigo. Y entonces miré al cielo y me pregunté: *¿Por qué nos atacan, si Jesús y yo éramos parte de aquella tercera España demasiado ocupada o demasiado joven como para pertenecer a alguna de las otras dos...?*

Conforme los ataques se alejaban de nosotros, el cansancio nos obligó a reducir de nuevo el

paso. Con la banda sonora que los cañones y las ametralladoras ponían a aquella mañana de sangre, y tratando de no mirar más de lo necesario hacia los cadáveres que alfombraban el camino, movían nuestras piernas el miedo y las ganas de vivir.

Y caminando exhaustos, atrás dejamos una Torre del Mar que parecía observarnos pasar en silencio. Una Torre del Mar que se debatía entre bajarnos las persianas o unirse a nosotros.

Unido al cansancio, el principal problema que se nos planteó aquella mañana fue el hambre. Acabado el queso que Jesús llevaba consigo entre la noche y el desayuno, no teníamos nada que echarnos a la boca. Y tras casi un día sin comer apenas, nuestros estómagos comenzaban a corear. Por suerte, pasado Torre del Mar, los campos más o menos desnudos que nos habían acompañado a la izquierda en nuestra travesía, pasaron a ser cañaverales notablemente frondosos que prometían saciar nuestros paladares. Jesús no tardó en adentrarse en ellos para partir algunas cañas de azúcar, como aparentemente, a juzgar por los restos esparcidos por el suelo, habían hecho tantos otros. Trajo consigo unos tronquitos a medio pelar que no tardamos en comenzar a chupar y morder. Aquellos trozos

de *cañadú* no tardaron en apaciguar nuestras barrigas y endulzar nuestra sangre, lo que trajo consigo un problema quizás peor: la sed más devastadora.

Nos adelantó aquella tarde de paladares desérticos un autobús de motor ronco cuyo tubo de escape explotaba cada veinte metros. Al girarnos a su paso, descubrí un vehículo atestado de gente como jamás lo hubiese imaginado. La desesperación reflejada en sus caras y en sus uñas encarnadas por no caerse del saliente al que se aferraban, era la única forma de explicar el número de personas que se encajaban unos sobre otros en el pequeño habitáculo. Resentido y agotado, el autobús había perdido un neumático y continuaba arrastrando una llanta que giraba dejando un surco a su paso. Y cien metros por delante de nosotros, el motor dijo basta. El autobús se apagó con un par de explosiones y se detuvo rechinando. Amedrentados por sus persecutores, el medio centenar de personas que viajaban en el autocar comenzaron a bajarse, estirando músculos, dedos y espaldas. Más de cincuenta personas que se sumaron a pisotear el camino. Una muchedumbre que, aguijoneados por la pérdida de velocidad, comenzaron una marcha

al trote para terminar aquel lunes de terror en una Nerja que comenzaba a vestir su noche con refugiados en sus calles.

Nerja era un pueblo que no estaba preparado para que aquella noche varios miles de personas decidiesen pegar a su puerta. Las familias y allegados se agolpaban sentados en la acera y en torno a las fuentes, a cada rato secas. Tumbada sobre el pecho de mi Jesús, sudado y enhollinado, pasamos la noche bajo el alféizar de una ventana tras remojarnos el gaznate. Fue una noche muy intranquila, en la que cada ruido resultaba una amenaza. Una noche de niños solos que vagabundeaban buscando a sus padres y de padres solos que gritaban el nombre de sus hijos. Una noche de lágrimas por los caídos y por los que estaban por caer. Una noche de vigilar la retaguardia porque los moros, los italianos o quienes fuesen los fascistas que nos cazaban, pisaban cada vez más cerca.

Y en estas andaba la madrugada, sin más luna que un rasguño en el cielo, cuando tres señores al trote de sus caballos, portando uno de ellos una niña consigo, atravesaron gritando las calles del pueblo. *Que vienen, que vienen.* Y si venían, había que correr. Las familias se

ataviaron con lo que pudieron y se aferraron a sus familiares, asegurándose de que, esta vez, nadie se quedaba atrás.

Cruzamos el puente del barranco de la Coladilla sin tiempo para reparar en el acueducto que nos observaba desde la inmortalidad de lo inerte. Sin embargo, las horas sin comer sí hicieron que mi olfato se detuviese en el aroma a gallina frita que manaba de debajo del puente. Bajo nuestros pies, al observar el gentío y sus gritos, se ponía en marcha una familia descabezada que no se preocupó ni en apagar la hoguera que calentaba su escondite.

A la carrera, dejamos atrás Maro en cuestión de una hora. Ante nosotros se cincelaba un camino que cada vez se hacía más montuoso. La playa se convertía en acantilado; los cultivos, en pared. Y entre muro y caída, se perfilaba un estrecho camino por el que desfilaríamos como patos de feria ante los buques Canarias, Baleares y Almirante Cervera. Los camiones no podían llevar un ritmo más rápido que el de la multitud y los mulos, burros y otros animales caían al suelo derrotados por el peso de la carga y la falta de comida. Falta de comida que, por cierto, se hacía a cada paso más notable. Atrás ya los cultivos de *cañadú*, entre los arbustos de

la roca viva no había nada más comestible que la propia piedra.

Se asomó el sol al horizonte, lanzándonos directos sus rayos de luz. Como aliado, nos expuso a nuestros ejecutores de manera vil y traicionera. No se encontraba la esfera completa aún en el cielo, cuando el buque que se perfilaba frente a nosotros comenzó a virar, apuntándonos. El terror, la puñetera cara de la muerte, volvía a cercarnos el camino. En estampida, cada uno buscaba su refugio. Pero allí apenas quedaba sitio donde esconderse.

El primer cañonazo de la mañana fue a dar unos treinta metros por detrás de nosotros, a diez metros sobre nuestras cabezas; seguido de un segundo que pegó algo debajo del camino y que generó una pantalla de polvo que nos cegó en la huida. Unos segundos más tarde, la explosión resquebrajó la montaña y comenzaron a caer las pizarras que la formaban. Bajo aquella avalancha perdieron la vida más de uno y más de dos, que quedaron sepultados sin nadie que les buscase, sin nadie que les llorase.

Corriendo por salvar lo que nos quedaba de vida, Jesús y yo dejamos atrás el grueso del pelotón, que no olvidaba sus bártulos ni aunque de ello dependiese abandonar el mundo que

conocían. Como ya había acontecido el día anterior, tras los obuses de los barcos, fuimos ametrallados por los aviones, que iban y venían de Dios sabe dónde.

Con la lengua como una alpargata de esparto y las piernas doloridas, fuimos dejando atrás el ruido del miedo y nos quedamos a solas en el camino por primera vez en muchos kilómetros. Y entonces empezó a dolerme algo que solapó todo lo demás. Algo que las prisas y el miedo habían dejado en un segundo plano. Pero un dolor tan terrible que era capaz de vararme en tierra. De repente me di cuenta de que todo lo que me quedaba en el mundo estaba allí, caminando junto a mí, en mitad del infierno; y que era tan vulnerable como yo misma de ser borrado de la tierra en medio pestañeo. Con tal visión, era el alma lo que me dolía.

Con no más de un par de pausas para reposar a un lado del camino, la mañana se fue haciendo tarde. Algunos de los que habían quedado atrás nos alcanzaban. Otros, rezagados, eran alcanzados en nuestra marcha. Sin saber si liderábamos o más bien éramos ya los últimos de los supervivientes *a la desbandá*, nunca pasaba más de una hora sin que la muerte se nos hiciera presente en forma de cuerpos desprovistos de

sus vidas que aguardaban la descomposición en mitad de la carretera. Una bala, un par de decenas de ellas, la explosión de un obús, el hambre, la sed o la extenuación, habrían sido la rúbrica de un parte de defunción que nunca recibieron varios cientos de personas.

Volaba ya el sol hacia el horizonte en aquel eterno día que el cansancio se esforzaba por estirar, cuando topamos con una mujer preñada en el arcén que gritaba como poseída empujando su barriga. La asistían una vieja y una muchacha más joven que yo. Nos acercamos a contemplar el milagro de la vida que, en aquellas condiciones, era doblemente milagroso. Sin embargo, tras algo así como una hora, aquella pobre mujer dio a luz un cadáver que, por más que era agitado, no arrancaba a llorar. Como llamado por el desastre que lo envolvía, aquel niño, aquella tarde, prefirió no nacer.

Instados a seguir nuestro camino, Jesús y yo nos sumamos a una caravana de familias y burros. Para nuestra sorpresa, lucían menos hambrientos y sedientos que el resto de nosotros, abasteciéndose de los serones que los animales portaban. Hospitalarios fuera de su casa, nos ofrecieron agua fresca y comida que aliviaron ligeramente los escozores de dos días

de sufrimiento. Con ellos nos dispusimos a hacer noche en Almuñécar, que nos sorprendió al torcer una curva.

Demasiado bonito para ser verdad, nuestro repostaje en aquel pueblo se vio truncado con nuestra llegada. Al trote de sus potros, cinco hombres deshacían el camino señalando al norte. *¡Corred! ¡Corred! ¡Que nos cortan el paso los italianos!* Siguiendo el dedo de uno de ellos, que apuntaba a lo lejos, observé una caravana de lo que parecían ser coches y soldados. Una visión que me llegó al espinazo y me erizó el pelo de todo el cuerpo. Notando el escalofrío, Jesús me miró a los ojos con una expresión deformada por el horror y arrastró consigo mi brazo. Volvimos a correr, una vez más, temiendo perdernos el uno al otro. Me fallaban las piernas y el aliento, tenía náuseas y me ardía la garganta. Pero corría. Corría porque me iba la vida en ello. Y, sobretodo, porque *le* iba la vida en ello.

Decididos a no parar hasta Motril, no dejamos de correr hasta asegurarnos de que nadie venía tras nosotros. Al menos, no de cerca. La noche se nos echó encima, refrescando nuestra piel reseca. Una noche que se esbozaba ya como la más larga de mi vida.

Con el paso titubeante, alcanzamos Salobreña en una madrugada en que la luna terminaba su escapada del firmamento. Decidido a seguir a mi lado, un Jesús exhausto y derrotado, que había demostrado su amor anteponiendo su vida a la mía, apretaba mi mano entre sus dedos castigados y ásperos y tiraba de mí, que me dejaba llevar como un costal de harina.

Aunque yo pensaba que haríamos un alto en el camino para refrescarnos la boca, la idea de Jesús era bien distinta. No se detuvo. Mi padre había dicho que Motril era la meta, el lugar seguro, y allí estaba dispuesto a llevarme. Estando tan cerca, no permitiría que nadie más se antepusiera entre nosotros y nuestro futuro juntos. Sus ojos marrones se fijaban en un horizonte oscuro en el que, más que ver, imaginaba. Minutos más tarde, dábamos la espalda a Salobreña y adivinábamos Motril a lo lejos.

Pero una prueba más nos puso el destino aquella noche. Con el sabor de la sal del mar en el paladar y de la vida en nuestro pecho, topamos con un tumulto de gente que se agolpaba frente al Guadalfeo, incapaces de cruzarlo. Se volvía un señor con las manos en la cabeza, informando al mundo que habían *volao* el puente. Lo habían *volao*. Tan cerca... y tan lejos. A la orilla del

río, la gente se mojaba los pies e incluso las rodillas, pero se limitaban a mirar. La presión, el miedo o las ganas de vivir, empujaron como la propia corriente a los primeros valientes que se atrevieron a saltar. El río, más caudaloso de lo que podría haber previsto nadie, los arrastró como a plumas que tratan de vencer el viento. Sin embargo, la voluntad, la fuerza y la adrenalina, llevaron a los primeros nadadores a la otra orilla. Y aquella visión de victoria llenó de luz y esperanza los ojos de todos los que mirábamos: Se podía cruzar el río.

Como expertos marineros, la gente dejó de titubear y se lanzó al agua en tropel. Jesús me retuvo con la mano, observando en silencio al grupo. Las voces, el caos y el agua que levantaba el chapoteo, hizo imposible a muchos continuar su avance y decidieron retroceder. El resto, insensatos, empezaron a ser arrastrados por una corriente que no atendía a la piedad. Una mujer vestida de negro comenzó a chillar al llegar a la otra orilla. *¡Mi niño!* ¡Su niño! Agobiado por las aguas, el joven, que ni la década alcanzaba, remaba impotente con sus manos tratando de sacar la cabeza a la superficie. Segundos más tarde, venció el agua y lo perdimos de vista, como a tantos otros.

*Tiene que haber otro puente*, aventuró Jesús ante la tragedia. Miró a ambos lados y tiró de mí campo adentro, alejándonos de la playa. No habíamos abandonado el camino cuando un ruido nos hizo tornar la mirada hacia Salobreña: el estruendo de los motores. Otra vez estaban allí los condenados, los creadores de muerte, los asesinos, los verdugos. *Corre*, me susurró Jesús con una urgencia que me heló la sangre. Corrimos hacia la primera hilera de colinas que se adivinaba más allá, tratando de perdernos de vista desde el camino. Nos seguía una veintena de personas, dando torpes zancadas y jadeando el poco aire que quedaba en sus pulmones. Al llegar al camino, los soldados bajaron de los coches y se dirigieron hacia los que allí permanecían. No hubo disparos, lo cual no nos detuvo. No había garantías con aquellos que nos habían ametrallado, herido y masacrado durante días, sin miramientos, sin piedad y sin caridad cristiana alguna. Nosotros corríamos.

Al percatarse de nuestra huida, una de las cuadrillas comenzó a correr tras nosotros, empuñando sus fusiles con ambas manos. El grupo se dispersó y Jesús y yo subimos una cuesta entre rocas que bien nos costó el aliento. Tras un peñasco, paramos a reposar un momento.

Jesús me miró, por primera vez en horas, haciéndome sentir más aliviada de lo que hubiera conseguido un jarro de agua. Cuando recobró el aliento, vino a mí, me cogió la cara con una mano y me besó. Desorientada, obedecí cuando me pidió que me quedase tras aquellas rocas, escondida, mientras él distraía a los soldados. No lo vi marchar. Solo prestaba atención al calor en mis labios y al latir de mi corazón. *Bum, bum. Bum, bum.*

Cuando me di cuenta, pensé que no podía dejarle solo. No podía abandonarle tras haber dado su vida por mí. Si se marchaba, le perdería. Y si lo perdía, perdería todo lo que me quedaba para seguir viviendo. Tenía que ir tras él, que protegerle, que abrazarle y que huir con él a lugar seguro. El fuego encendió mi cuerpo, aceleró mi corazón, erizó mi cabello, abrió mis ojos y me insufló nuevo aire en los pulmones. Me levanté de mi escondite y me giré, buscándole.

Jesús subía la cuesta aún más arriba, seguido por un par de soldados que le gritaban el alto. Ante su negativa a detenerse, uno de ellos alzó el fusil apuntándole. A mí se me vino el peso a los pies. Grité un no que no llegó a salir por mis labios. *Bang.*

Alcanzado en una pierna, Jesús se arrastró renqueando hacia la espalda de otro cúmulo de piedras que le resguardaría. Desde mi posición, le vi agacharse a recoger una piedra del suelo, mientras que el soldado que no había disparado se acercaba cada vez más. Cuando lo tuvo enfrente, Jesús lo sorprendió con una pedrada en la cara que le hizo soltar el fusil. Lo agarró de la camisa y tiró de él hacia posición segura, apedreándole la cabeza repetidas veces hasta dejarlo finado en el suelo.

Viendo al segundo acercarse y a Jesús perderse tras las piedras, recobré la fuerza que me había movido segundos atrás y corrí hacia ellos como si llevase dos semanas descansando. Los había perdido de vista y era cuestión de segundos que sonase el tiro de gracia. Cuando llegué a aquel saliente de piedra, me agaché a recoger el fusil del soldado muerto y corrí por donde habían desaparecido ellos. Me los topé a unos quince metros, con Jesús acorralado contra las piedras y los brazos alzados al cielo en un gesto de valentía. *Mátame*, parecía implorar exponiendo su pecho. El soldado, alzó su fusil a la vez que yo el mío, apuntándole desnudo. A la par, guiada por el instinto, sujeté el mío en dirección al recluta. Y disparé. Disparé sin

miramientos ni objeciones. Disparé por amor, por salvar la vida, por odio, por miedo, por venganza, por ira. Disparé por Jesús y por mí. Disparé por los caídos y por los vivos. Disparé por mi madre. Disparé por mi padre. Pero no disparé por la izquierda ni por España. No disparé por la guerra. No disparé por defender nada. Disparé porque soy humana.

Pero mi disparo no fue todo lo rápido que debió y ambos, el soldado y Jesús, mi Jesús, cayeron al suelo desplomados. Con ellos, dejé caer el arma. Corrí gritando hacia mi amado, que yacía más muerto que las piedras a su lado. Lo cogí en mis brazos y lo zarandeeé llorando e implorando al cielo que aquello no fuese real, que me lo devolviese, que era mío y que era bueno. Pero estaba el cielo cerrado a mis oraciones y Jesús muerto entre mis brazos.

Permanecí allí minutos, horas. No sabría decir cuánto tiempo. La sangre de Jesús había dejado de manar de él y estaba ya seca sobre mis ropas. Era una asesina. Con el sol de la mañana y la luz del jueves, desperté del trance y me decidí a vivir. Jesús había dado su vida por la mía, al final lo había hecho, y no podía permitir que su vida hubiese terminado en balde. Me levanté y me cargué su cuerpo a la espalda, pero caí de nuevo

al suelo. Desnutrida, sedienta y agotada, mi Jesús era demasiado para mí, así que lo arrastré como pude hacia un recodo de la colina y lo apoyé en unas rocas. Me hubiese gustado cavar para él una tumba, pero mis uñas no fueron capaces de arañar la roca viva. Me hubiera gustado escribir: “Yace aquí Jesús Jiménez, asesinado vilmente sin razón y vengado al momento por cuestión de amor”. Me hubiera gustado rezarle, llorarle... Pero no pude. Tuve que abandonarlo al sol del amanecer para seguir el camino y llegar a Motril, más sola que nunca en mi vida.

La imagen del momento ha borrado todo lo que ocurrió hasta que alcancé un puentecillo de madera que me ayudó a cruzar el río. Tampoco recuerdo que ocurriese nada más antes de que, después de mucho campo, volviese al camino, sin saber que dejaba Motril atrás y me encaminaba hacia Almería. Tras horas caminando con la fotografía de Jesús en la cabeza y su sangre en mis manos; el hambre, la sed, el cansancio o todo a la vez, me hizo caer en la calzada, incapaz de dar un paso más. Motril había desaparecido y ya no me importaba si tenían que pegarme un tiro estando allí sentada.

No sé tampoco cuánto tiempo pasó ni cuánta gente que continuaba su camino se paró a

hablarme antes de que escuchase de nuevo el motor de un coche. Sin embargo, este no venía por detrás, en el sentido de la gente, sino que se movía entre ellos en dirección contraria a la marcha. Frenó a mi lado una ambulancia gris en la que pude leer “Servicio Permanente de Transfusión de Sangre”. De su cabina se bajó el copiloto, ataviado con un mono azul. Otro hombre con la misma indumentaria se bajó de la parte de atrás. Se gritaron algo en extranjero y se dirigieron hacia mí. Se teñía ya el cielo de naranja cuando, aquel jueves, el Dr. Bethune me preguntó si estaba bien, me montó en su furgoneta atestada de chiquillos y me salvó la vida.

De madrugada, llegamos a Almería y fui encamada en el Socorro Rojo, donde pude recobrar fuerzas antes de embarcarme hacia otra ciudad, huyendo a tiempo de una Almería que estaba aún por ser bombardeada con sus calles inundadas de refugiados. Recobré fuerzas, pero no sané mis heridas. El dolor y las manos manchadas de sangre, me alejarían por mucho tiempo de mi ciudad natal.

Aquella noche hubo luna nueva y el cielo lució negro y moteado. Se escondía horrorizado el satélite, poniendo fin a una matanza que se llevó consigo lo mejor de mi vida y dejó ver lo peor de nuestra especie humana.

Relatos  
de Bibliotecas  
Tercer Certamen Literario  
de la Biblioteca Universitaria de Granada  
se acabó de imprimir el día 16 de abril de 2014,  
festividad de San Toribio en los Talleres de Gráficas  
La Madraza de Albolote,  
Granada.